GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

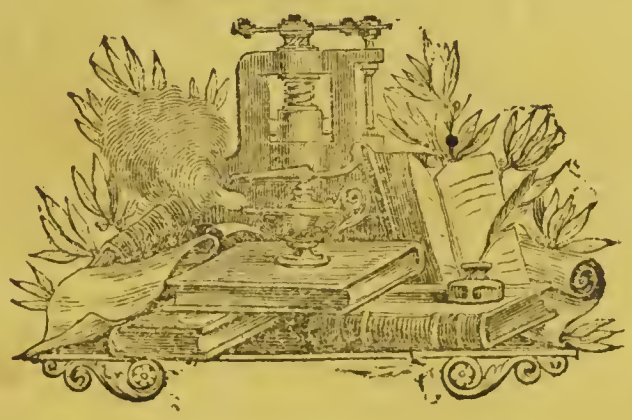
DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO,

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:
LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATÁLOGO *de las comedias que contiene esta Galeria.*

Marcela, ó ¿á cuál de las tres?
Un tercero en discordia
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas estraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacífico.
El que dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
El pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
Un paseo á Bedlan.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca fingida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La Batelera de Pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El Editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Carlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El entremetido.
Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos.
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero.
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Calígula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de Doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendárias.
Macias.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafio.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.
El desengaño en un sueño.
Mas vale llegar á tiempo.
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey 1.ª parte
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey, 2.ª parte
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Retiro.
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistador.
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, justicia de Aragon.
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de antaño.
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde mas.
Rivera.
El rigor de las desdichas.
Las simpatías.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con peluca.
Shakespeare enamorado.
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin dinero.
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duende.
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece.
Los perros del monte de S. Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.

MASANIELO,

DRAMA EN CINCO ACTOS

POR

Don Antonio Gil de Zárate.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. OBRAS

N.º de la procedencia

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1841.

TOMÁS ANIELO, c.

EL CONDE DE CONVER.

LAURA, *hija del conde.*

SALVADOR CATANEO.
ONOFRE CAFIERO.
FRANCISCO ANTONIO DE ARPAYA.
GENARO ANNÉS.
} *Caudillos del pueblo.*

EL CAPITAN BARBARIDA.

MARÍA, *camarera de Laura.*

UN CABALLERO.

UNA DAMA.

UN MARINERO.

UNA ALDEANA.

Caballeros, damas, hombres y mugeres del pueblo, marineros, soldados.

La escena es en Nápoles, en el mes de Julio del año de 1647.

720575

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de D. Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala. En el fondo un balcon. Dos puertas laterales. Mesa y sillas.

ESCENA PRIMERA.

MASANIELO. MARÍA.

(*Al subir el telon, óyese en el fondo, á lo lejos, un bandolin y una voz que canta.*)

VOZ. Surca el mar, veloz barquilla,
surca á prisa el mar en calma,
pues feliz me anuncia el alma
que esperando está mi amor.
Surca el mar, que ya cercana
miro allí la ansiada orilla:
lleva presto, mi barquilla,
al amante pescador.

(*Mientras canta la voz, sale María con una luz y una escala de cuerdas: coloca la luz en la mesa, y se va acercando al balcon con misterio.*)

MARÍA. Su voz es esa: conozco
su acostumbrada cancion.
(*Abre el balcon.*)
Allí está el barco... ya llega...
¡Que ande en estos pasos yo!
¡Yo, doncella recatada,
prototipo del pudor!
Si al menos fuera por mí,
que no me falta aficion...
¡Mas ser de amores agenos
medianera, es cosa atroz!

VOZ. (*Canta.*) Ya brillar en la alta reja
la luz miro que me llama:
no te ocultes á quien ama,
astro fiel, consolador.
A los pies del bien que adoro
sé, luz bella, sé mi guia;
y alli muera de alegría
el amánte pescador.

MARÍA. Ya atraca el barco... Echaré
la escala... La ato al balcon...
Bueno... Asi... Mas si alguien viene...
De miedo temblando estoy...
No es posible; duermen todos,
y ausente está mi señor...
Si lo supiera... ¡Dios mio!
¡No habria mala funcion!

(*Sale Masanielo, subiendo por el balcon.*)

MASAN. ¡Laura mia...! ¡Ah! que eres tú,
María...

MARÍA. Tomas, yo soy.

MASAN. ¿Y tu ama?

MARÍA. Está en su aposento.

MASAN. Pues no tardes, vé...

MARÍA. ¡Qué ardor!
Cachaza, que mi señora
debe usar de precaucion
para venir, y no puede...

MASAN. ¡No puede!

MARÍA. Sí tal... ya voy
á avisar... Si acaso tarda
no os desespereis.

MASAN. No... no...
Mas dile que estoy sin vida
mientras no llega mi sol.

MARÍA. Por San Genaro bendito
que es galan el pescador. (*Vase.*)

ESCENA II.

MASANIELO. CATÁNEO. CAFIERO.

MASAN. ¡Qué triste presentimiento

hoy me aflige el corazon!
Temo que un funesto caso...
Este misterioso amor
no puede durar... Es fuerza
buscar alguna ocasion...
Mas los amigos aguardan...
Subid... sí... subid los dos.

(*Se asoma al balcon, llama, y suben por él Cataneo y Cafiero.*)

CAFIERO. Asaltóse la ventana:
ladrones somos de amor.
CATANEO. Pues, como soy Salvador,
que lo hago de mala gana.
MASAN. ¿De mala gana?
CATANEO. Sí, á fé.
¡Vive Dios que es desatino
andar en esto!
CAFIERO. ¡Es divino!
CATANEO. Es necedad.
CAFIERO. Y ¿por qué?
Son donosas aventuras.
CATANEO. Todo por una muger.
CAFIERO. Esto se llama querer.
CATANEO. Estas se llaman locuras.
CAFIERO. Amar como ama cualquiera
maldita la gracia tiene;
pero hacer una que suene
con casada ó con soltera,
arrebatarla ¡ó delicia!
de entre los paternos brazos,
andar por ella á trastazos,
dar que hacer á la justicia,
es el sainete de amor.
CATANEO. ¡Siempre á locuras dispuesto!
CAFIERO. Y tú ¡siempre con mal gesto!
CATANEO. ¿Qué quieres...? gasto este humor.
CAFIERO. (*A Masanielo, que mira hácia la puerta.*)
¿Qué haces ahí pensativo?
MASAN. Miro si mi dueño viene.
CAFIERO. ¡Vaya una dicha que tiene
este bribon...! ¿Qué atractivo

se halla, dime, en tu persona
para que te amen condesas,
mientras que yo en mis empresas
solo hallo alguna fregona?

MASAN. ¡Casualidad!

CAFIERO. Y ¡á fé mia
que la niña no es alhaja!
Su tez á la nieve ultraja,
su rostro inspira alegría,
sus ojos son dos estrellas,
y su cuerpo... ¡una cintura...!
No tiene igual hermosura
este pais de las bellas.

MASAN. ¿La conoces?

CAFIERO. Eso es llano:
en Nápoles, por su fama,
¿quién hoy-á la hija no ama
del conde de Conversano?

CATANEO. Mas conocido es su padre.

CAFIERO. Confieso que es gran bribon.

CATANEO. ¡Ojalá que el corazon
este puñal le taladre!

CAFIERO. Váyase con Lucifer,
como su hija nos quede.

MASAN. ¡Cuánto tarda...! Algo sucede
cuando...

CAFIERO. Es preciso tener
en estos lances espera.
Este sillon hallo á mano
y en sus brazos me arrellano.

(*Toma un sillon y se sienta, quedándose medio dormido.*)

CATANEO. No; marcharnos mejor fuera.

CAFIERO. ¡Marcharnos...! Y ¿para qué?
Yo me encuentro bien ahora.

MASAN. Y á la que mi pecho adora
¿por ventura no veré?

CATANEO. ¿Tanto es tu amor?

MASAN. Es inmenso.

CATANEO. Vé, me inspiras compasion.

MASAN. ¿Nunca amó tu corazon?

CAFIERO. ¿Él...? Ni es capaz de amar, pienso.
CATANEO. ¡Amar...! ¿á quién...? ¡á la hija
de un noble, de un gran señor!
¡Vive Dios que es necio amor,
ni entiendo á qué se dirija!
¿Presumes con ella unirte?
Corre, pues, y la pretende:
de ira verás cuál se enciende
su altivo padre al oirte.
De que osado á tanto aspires
la sangre en él hervirá:
deshonrada la creerá
solo con que tú la mires.
Entre esa gente y nosotros
enlace no puede haber:
solo para aborrecer
existimos unos y otros.
MASAN. No ignoro, no, la distancia
que nos separa á los dos;
pero amor, potente Dios,
mas vence cuando hay constancia.
Tal vez... En fin, si es locura,
si en pós de sombras me afano,
todo razonar es vano,
este error es mi ventura.
Y no me aconsejes mas;
que al contemplar tal tesoro,
yo solo sé que la adoro,
y no pienso en lo demas.
CATANEO. Haces muy bien, Masanielo;
no lo debes, no, pensar;
pues te miro preparar
á tu amor eterno duelo.
MASAN. ¿Quién...? ¿yo?
CATANEO. Sí... ¿lo has olvidado?
¿será fuerza te lo digan?
¿qué juramentos te ligan?
di: ¿qué empresa has meditado?
MASAN. Recuerdos no he menester:
yo vi á mi patria oprimida,
y aun á costa de mi vida

sus hierros juré romper.

CATANEO. Pues esta casa en que estás,
sus dueños que envanecidos
la habitan hoy, convertidos
en cenizas los verás.

MASAN. ¡Cómo!

CATANEO. Cuando con furor
se alce el pueblo, y su venganza
sacie en la justa matanza,
responde: ¿tendrás valor?

MASAN. ¿Dudarlo puedes?

CATANEO. Y acaso
¿sabes, Masanielo, di,
lo que exijirá de tí
la patria en tan fiero caso?

MASAN. ¿El qué?

CATANEO. Tú mismo la espada,
de esa patria en el altar,
sin piedad has de clavar
en el padre de tu amada.

MASAN. ¡Yo!

CATANEO. Y su aleve corazon
traspasado, palpitante,
será, venturoso amante,
la ofrenda de tu pasion.

MASAN. Te engañas: no morirá,
que yo sabré defenderlo.

CATANEO. Y entonces traidor, al verlo,
el pueblo te llamará.

MASAN. ¡Traidor! ¡á mí...! Por ventura
cuando yo me armo por él
¿me quiere tambien cruel?
¿será crimen la ternura?

CATANEO. Cuando al son de libertad
el pueblo baña sus manos
en sangre de sus tiranos,
es crimen, sí, la piedad.

MASAN. Al ir el yugo á romper
de que se muestra impaciente,
le prometo ser valiente,
pero no bárbaro ser.

CATANEO, Y ¿á qué, pues, alzarte intentas?
MASAN. ¿A qué? para darle gloria,
para borrar la memoria
de sus antiguas afrentas.
Hora á levantar del suelo
la frente se atreve apenas:
quitémosle sus cadenas,
y álcela erguida hasta el cielo.
Bella Italia, tú algun dia
señora del mundo fuiste:
¿cómo tan bajo caiste?
¿quién tu antiguo ardor enfria?
Do quiera en tu suelo miro
triunfar al vil estrangero:
sufrir este aire no quiero
de esclavitud que respiro.
Vuelve á tu antiguo esplendor,
y mostrando tu pujanza,
de este fértil suelo lanza
á tu bárbaro opresor;
que si en el ocio en que estan
tus viles nobles reposan,
lo que ellos cobardes no osan
estos plebeyos lo harán.
CATANEO. Aun harán mas: de esos hombres
altivos, raza maldita
que nuestro furor concita,
borrarán hasta los nombres.
Del suelo desaparezcan
tantos viles cortesanos:
los que no sean villanos
como nosotros, perezcan.
No me basta libre ser,
renuncio gloria y honor,
si este implacable rencor
no logro satisfacer.
El que una vez me humillara
no espere de mí piedad:
aun mas que la libertad
la venganza al pueblo es cara.
CAFIERO. Pero señor, ¿qué sandeces

estais ensartando ahí?
¡Mucho hablar, y desde aqui
iremos á vender peces!
Por Dios, que es gran desatino
en tales cosas pensar:
los dos sois locos de atar
y habeis ya perdido el tino.
¡Qué gloria ni calabazas!
¡qué libertad ni qué alforja!
¿quién tales proyectos forja?
¡pues de héroes tenemos trazas!
Dejad al mundo correr,
y ande la bola: yo al rico
no tengo odio, ni tantico,
como me dé de comer.
¡Que nos manda el español!
De quien quiera que dependa,
mis redes serán mi hacienda,
y mi solo abrigo el sol.
Ahora bien, si hacer podeis
que yo tambien rico sea,
apruebo entonces la idea,
y muy gran favor me hareis;
que cuando os oigo formar
planes tan vastos y bellos,
solo encuentro bueno en ellos
lo que me pueda tocar.
Logre yo tener dinero
cuanto le cumpla á mi gusto;
y que otro lo tenga es justo,
bien sea noble ó pechero.

MASAN. Callad, que alguien viene ya.

CAFIERO. Una luz alli diviso.
Ella será... sí... preciso.

MASAN. Ocultaos.

CAFIERO. Bien está.
Pero ¿dónde?

MASAN. En este cuarto.
(*Señalando el de la derecha.*)
No salgais sino á mi voz.

CAFIERO. En él me meto veloz.

CATANEO. De este embrollo ya estoy harto.
(*Cataneo y Cafiero se ocultan en el gabinete de la derecha. Sale Laura azorada.*)

ESCENA III.

MASANIELO. LAURA.

LAURA. ¡Masanielo!
MASAN. ¡Dueño mio!
¡Cuánto has tardado! ¿Qué tienes?
¡Oh! ¡cuán agitada vienes!
LAURA. Vete pronto.
MASAN. ¡Qué desvío!
¡Irme yo!
LAURA. Si te detienes
perdidos somos los dos.
MASAN. ¡Perdidos...! ¿qué causa, di...
LAURA. Mi padre se encuentra aqui;
márchate, mi bien, por Dios.
MASAN. Pues ¿no estaba ausente?
LAURA. Sí;
mas de pronto ha regresado.
Su inesperada venida
me estremece: háme abrazado
silencioso, y en seguida
en su estancia se ha encerrado.
MASAN. Querrá descansar... Mi bien,
no temas... ¡Ah! ¡cuánto anhelo
verte, hablarte...! Al lado ven
de tu amante Masanielo.
LAURA. ¿Lo quieres...? Cuidado ten
por si alguien viene, María.
(*María, que la habrá acompañado, se retira.*)
MASAN. Deja, deja, Laura mia,
que un instante aqui te mire,
y luego á tus pies espire
de pasion y de alegría.
Torna á mí tus ojos bellos,
tus ojos que mansedumbre
derraman entre destellos,
y á los rayos de su lumbre

quede abrasado por ellos.
De ese rostro angelical
contemple yo la dulzura;
y este placer sin igual
me transporte en mi ventura
á la mansion celestial.

LAURA. Y deja que yo á mi vez
respire tu dulce aliento,
oiga tu voz, cuyo acento
ahuyenta mi timidez
mientras grata aqui la siento.
Lleguen hasta el corazon
esas palabras ardientes
que pintando tu pasion,
en él dejan, elocuentes,
profunda, eterna impresion.
¿Qué magia tan poderosa
en tí, dulce dueño, existe,
que aunque yo lo quiera ¡ay triste!
subyugada, temblorosa,
mi razon no la resiste?
¿Cómo, di, te apoderaste
de mi alma, de mi existencia?

MASAN. ¿Yo...? No conozco mas ciencia
que el amor que me inspiraste.

LAURA. ¿Tanto me amas?

MASAN. Con demencia.
¿Ves el ardiente volcan
que arde sobre nuestra frente,
y cubre airado, imponente,
los campos que en torno estan
con olas de lava hirviente?
Pues menos activo, sí,
es su fuego destructor,
que este inestinguible ardor
que para adorarte á tí
prendió en mi pecho el amor.
¿Ves ese mar borrascoso
que alza sus olas al cielo,
y allá en su abismo espantoso
traga el navío orgulloso

como el frágil barquichuelo?
Asi alterado se ostenta
mi fogoso corazon
do en eterna confusion
mueve furiosa tormenta
ardiente, inquieta pasion.
Y en el contínuo afanar
que este pecho martiriza,
cuando los llego á mirar,
con el volcan, con el mar
mi corazon simpatiza;
que allá en la cumbre elevada
medir el cráter me agrada
si hierve la lava en él;
ó mecerme en mi batel
sobre la onda irritada.

LAURA. ¡Cómo el fuego vehemente
con que tu pasion se esplica
á mi alma se comunica,
y el dulce ardor que ya siente
con el tuyo centuplica!
Al verte y al escucharte,
quién eres, quién soy olvido;
que si la suerte criarte
en cuna humilde ha querido,
yo nací para elevarte.
¿Qué me importa la riqueza?
¿qué los antiguos blasones?
Mucho mas que oro y nobleza
yo estimo la fortaleza
que alienta los corazones.
A tu arrojo, á tu valor
¿no debo, dime, la vida?
Tú del mar y su furor
me salvaste: agradecida
yo la consagro á tu amor.

MASAN. ¿Te acuerdas?

LAURA. ¿Puedo olvidar
aquel momento dichoso?
Cuando en los brazos reposo
del sueño, y al despertar,

siempre te miro animoso
lanzarte á la mar airada,
y despreciando la muerte,
ante la turba asombrada,
del abismo, desmayada,
sacarme con brazo fuerte.

MASAN. Aquel dia decidió
por siempre de mi destino;
pues ¿cómo pudiera yo
ver tu semblante divino
y ser insensible...? no.
Bien conozco que es demencia:
¡un menguado pescador
osar amarte, ó insolencia,
empañando el bello honor
de tu preclara ascendencia!
Esto tu padre dirá:
mi amor un crimen será;
y al ver que el tuyo consigo,
leves para mi castigo
suplicios mil hallará.

LAURA. Yo me arrojaré á sus pies,
los bañaré con mi llanto,
y al contemplar mi quebranto...

MASAN. ¿Olvidas, Laura, quién es?
¡Puede el orgullo en él tanto!
A sus ojos Masanielo
es despreciable villano;
mas se engaña, vive el cielo,
si piensa que este gusano
se arrastre siempre en el suelo.
No, que el insecto tal vez
su vil capullo quebranta,
y en alas de brillantez
del fango, con altivez,
hasta el cielo se levanta.
Pues yo me levantaré:
yo me haré grande, temible,
y con esfuerzo invencible
tu mano conquistaré;
¡nada al que ama es imposible!

Ya mi primera rudeza
perdí desde que te adoro;
que á impulsos de mi terneza,
á abrir para mí se empieza
de las letras el tesoro;
y en el ardor que me inspiras
todo mi alma lo ambiciona;
pues de tal poder blasona,
que el pescador que aquí miras
aspirára á una corona.

LAURA. Sí, mi bien, te ilustrarás;
el corazon me lo dice:
tu noble ardor me predice
que algo grande emprenderás
que tu nombre inmortalice;
y cuando al fin logre verte
la sien de lauro ceñida,
al consagrarte mi vida,
en lugar de ennoblecerte
yo seré la ennoblecida.

ESCENA IV.

DICHOS. MARÍA.

MARÍA. Señora, perdidos somos:
vuestro padre...

LAURA. ¡Ó Dios! ¿Es cierto?

MARÍA. Yo le he visto: acompañado
viene de dos escuderos.

LAURA. ¡Ay! huye pronto, imprudente:
¿por qué te has quedado?

MARÍA. Luego,
luego... Marchaos... Bajad.

MASAN. Sí... ya voy.

MARÍA. Bajad.

MASAN. (¡Ó cielos!
y esos que quedan ahí...) (*Aparte.*)

MARÍA. Que ya se acerca.

LAURA. ¿Qué haremos?

MARÍA. Yo me escondo en este cuarto.

LAURA. Sí, sí, vamos.

(*María va á entrar en el gabinete: al abrir la puerta ve á los que estan dentro, y retrocede espantada dando un grito.*)

MARÍA. ¡Ay!

LAURA. ¿Qué es eso?

MARÍA. ¡Unos hombres!

LAURA. ¡Unos hombres!

MASAN. Sí, son unos compañeros.

LAURA. ¡Masanielo!

MASAN. Nada temas:
era tan solo mi intento...

MARÍA. Ya estan ahí.

LAURA. ¡Cielo santo!

MASAN. Yo á defenderte me quedo.

MARÍA. Cogiónos en el garlito:
ya puedo rezar el credo.

ESCENA V.

DICHOS. EL CONDE. DOS CRIADOS.

CONDE. Laura, ¿qué es esto...? ¿Por qué
en este sitio te encuentro?
¡A tales horas tú aqui!

LAURA. ¡Padre...!

CONDE. Y ese hombre que veo,
¿quién es? ¿qué quiere?

LAURA. Es un...

CONDE. Habla.
Si he de juzgar por su aspecto...,
algun malhechor...

MASAN. ¿Quién? ¿yo?
¿Me conoceis?

CONDE. ¡Masanielo!

MASAN. Sí, conde.

CONDE. Y ¿á qué venís?
Responded: ¿qué vil proyecto...?
¿Por dónde entrásteis?

MASAN. (*Señalando el balcon.*) Mirad.

CONDE. ¡Por ese balcon! ¿Qué es esto?
¡Una escala...! Y ¿quién os pudo...?

¡Ah! ¡malvados...! ya comprendo...
La turbacion de estas dos...
¡Padre infeliz...! ¿Con que es cierto...?
No me engañaron... ¡Venganza!
(*A sus criados.*)
Venid: muera este perverso.

MASAN. (*Sacando un puñal.*)
Nadie se acerque, ó sino...

LAURA. ¡Padre!
(*Interponiéndose entre Masanielo y el conde.*)

CONDE. Aparta.

LAURA. Deteneos.
(*A los criados, que se dirigen armados hácia Masanielo.*)

CONDE. Vosotros, ¿á qué aguardais?
Herid. (*A sus criados.*)

MASAN. (*Dirigiéndose hácia la puerta del gabinete.*)
Venid, compañeros.
(*Salen Catanco y Cafiero, y abalanzándose cada uno á un criado, le coge el brazo y le pone un puñal al pecho.*)

CAFIERO. Poco á poco, camarada.

CATANEO. Si das un paso eres muerto.

CONDE. ¿Qué miro? ¡Lazo infernal!

MASAN. Quitadles las armas luego.

CATANEO. Venga acá. (*Desarmando al suyo.*)

CAFIERO. Si te resistes... (*Lo mismo.*)

CONDE. ¡Cobardes...! Yo solo puedo...

MASAN. Estais en nuestro poder:
conde, envainad el acero.

CONDE. No, que antes...

CATANEO. (*Apuntándole con una pistola.*)
Verás qué pronto...

LAURA. ¡Ah!

MASAN. Salvador, ten respeto
al padre de Laura... Aparta.

CATANEO. Si digo bien que eres necio.

MASAN. Dejadnos solos... Volved
á ese cuarto.

CATANEO. Está bien.

CAFIERO. (*Señalando á los criados.*) ¿Y estos?

MASAN. Que entren tambien con vosotros.
CAFIERO. Venid.
CATANEO. Ea, entrad primero.
(*Hacen que los criados entren con ellos en el gabinete y se encierran. María habrá aprovechado el anterior diálogo para marcharse.*)

ESCENA VI.

MASANIELO, EL CONDE. LAURA.

(*Masanielo va á la puerta de salida y la cierra con llave.*)

CONDE. ¿Qué estais haciendo?
MASAN. Cerrando
esta puerta: ¿no lo veis?
CONDE. ¿A qué fin?
MASAN. Para que nadie
entre: ¿para qué ha de ser?
CONDE. Mas...
MASAN. No temais.
CONDE. Yo no temo.
MASAN. ¿Recelais de mí?
CONDE. Sí, á fé.
MASAN. Tranquilizaos... Guardad
esa espada.
CONDE. Asi está bien.
MASAN. Escusada precaucion.
Ya sois solo contra tres:
si quisiéramos...
CONDE. Al menos
bien vengado moriré.
MASAN. Guardad la espada, os suplico,
y procuremos tener
la fiesta en paz.
CONDE. Ya la guardo.
Ahora ¿qué me quereis?
Presto, hablad.
MASAN. Sentaos.
CONDE. No.
MASAN. Sentaos. (*Dándole una silla.*)
CONDE. ¡Qué pesadez!

(*Toma la silla y se sienta con enfado.*)

MASAN. (*A Laura.*)
Y vos, señora, no asi
tan desconsolada esteis.
LAURA. ¡Ah! Masanielo...
MASAN. Por Dios,
calmad... Sentaos tambien.
LAURA. Mas mi padre...
MASAN. Vuestro padre...
¿Qué pudierais temer de él?
CONDE. (*Levantándose.*)
Su muerte, si por ventura
lo que no llego á creer
fuera cierto.
MASAN. Y defenderla
yo entonces, conde, sabré.
CONDE. ¿Luego es verdad...?
MASAN. Sosegaos.
Tomad asiento otra vez.
CONDE. ¡Paciencia!

(*Se vuelve á sentar, siempre con ira. Masanielo da una silla á Laura, que se sienta afligida y llorando; y él hace lo mismo, junto al conde.*)

MASAN. Escuchadme, conde.
Sin duda os acordareis
del dia en que de las ondas
á vuestra hija salvé.
CONDE. Si vos entonces valiente
os mostrasteis, bien sabeis
que yo tambien generoso
con vos mostrarme intenté.
Mis tesoros os abrí:
sin tasa en ellos coger
pudisteis, y...
MASAN. Sí, riquezas
me ofrecisteis... Rehusé.
CONDE. Y ¿qué mas hacer podia?
MASAN. ¡Oh! Vosotros no sabeis
cuando os servimos pagarnos
sino con oro: á los pies
nos lo arrojais, y el desprecio

y la deshonra con él.
Pues yo prefiero guardar
del beneficio el placer,
y al mismo tiempo el derecho
de despreciaros tambien.

CONDE. ¡Atrevido!

MASAN. Perdonad:
soy altivo.

CONDE. Bien se ve.
Pero al fin...

MASAN. Al fin, señor,
esculpida con cincel
de fuego, en el corazon
aquella escena guardé.
Desde entonces á mis ojos
todo la ofrece: el poder
de esa beldad avasalla
mis sentidos. Ora esté
el fiero mar arrostrando
en mi ligero batel;
ora en mi rústico albergue
el cuerpo al descanso dé;
ora afanoso recorra
ese florido vergel
con que Nápoles en torno
ostenta un segundo Eden;
ora, en fin, quiera aturdirme
con el bullicio y vaiven
del pueblo que allá en la plaza
hierve en confuso tropel;
la miro hermosa, radiante,
cercada de brillantez,
cual la reina de las aguas
bajo su rico dosel;
ó mírola desmayada
cual cadáver á mis pies,
muerta la luz de sus ojos,
cubierta de palidez;
y á pesar de mis combates,
sin que me pueda vencer,
siento, señor, que la adoro,

y siempre la adoraré.

CONDE. ¡Y el liviano pensamiento
te has atrevido á poner,
tú, mísero pescador,
en la hija de...

MASAN. ¿De quién?
¿De un conde? ¡Crimen horrible!

CONDE. ¡Tú amarla, tú!

MASAN. ¿No? Y ¿por qué?
¿No tengo en mis venas sangre
que hirviendo siento correr?
Y ¿no tengo un corazon
que late y siente...? Par diez
que cuando á la par de un grande
ojos me dió con que ver
el cielo, si él sabe amar,
puedo amar lo mismo que él.

CONDE. Amad á vuestras iguales.

MASAN. Y ¿amadas no pueden ser
vuestras hijas?

CONDE. Por vosotros,
no.

MASAN. ¿Por quién?

CONDE. ¿No lo sabeis?
Por quien no haga de vergüenza
nuestra frente enrojecer.

MASAN. Solo hay vergüenza en el crimen;
y mientras tenga honradez
un plebeyo, vive Dios
que es tan bueno como el rey.

CONDE. Asi va el mundo.

MASAN. No tanto;
que alguno piensa al reves.

CONDE. ¡Quién será!

MASAN. Sin ir mas lejos,
Laura...

CONDE. ¡Mi hija!

MASAN. Sí.

CONDE. Pues ¿qué...?

MASAN. Que si yo la quiero á ella,
ella me quiere tambien.

:

CONDE. ¡Que sufra yo tal afrenta! (*Se levanta.*)
¿Para esto, infame, la habeis
salvado?
MASAN. ¿Fuera mejor
la dejara perecer?
CONDE. Y con tal amor, decid,
malvado, ¿qué pretendeis?
MASAN. ¿Qué pretendo preguntais?
Pues nos amamos...
CONDE. ¿Y bien?
MASAN. Juzgadlo vos.
CONDE. No lo alcanzo:
porque, al fin, vuestra altivez
no puede á tanto llegar
que aspire...
MASAN. ¿A qué os deteneis?
hablad.
CONDE. Rubor da el decirlo.
A su mano.
MASAN. Si quereis,
¿quién lo estorba?
CONDE. En mi ignominia
¿pensais que consentiré?
MASAN. Sé que de altos ascendientes
no puedo gloriarme: sé
que soy pobre y solo tengo
unas redes que ofrecer;
pero en cambio traigo aqui
un corazon que tal vez
gane en aliento y grandeza
al del mas noble marques.
CONDE. Pero...
MASAN. Sé tambien, y acaso
me vais esto á responder,
que á su enlace aspirarán
cien próceres y otros cien.
Mas esos mismos se hallaban
presentes, bien lo sabeis,
cuando en el mar con la muerte
la infeliz luchaba; y ¿quién,
quién de ellos para salvarla

se quiso al riesgo esponer?
Todos cubierto el semblante
de espantosa amarillez,
inmobles la contemplaban
en las ondas perecer.
Solo este vil pescador
nacido de entre la hez
del pueblo, entonces aliento
supo mostrar... Ya se ve,
si se trata de morir,
buenos somos y está bien;
mas cuando de nuestras obras
el fruto se ha de coger,
os toca á vos, y nosotros
somos canalla soez.

CONDE. ¡Eh! Basta de discurrir.
Soy su padre, y por la ley
cual me plazca, yo tan solo
puedo de ella disponer.

MASAN. Si la vida Laura os debe,
me la debe á mí tambien.
¿Reclamais vuestros derechos?
Reclamo los mios, pues.

CONDE. ¿Delirais?

MASAN. Oid: no exijo
que á ese orgullo renuncies;
ni me deis, siendo yo nada,
hora tan precioso bien.
Aguardad: todo me dice
que la sabré merecer.
Otros que cual yo nacieron
en cuna humilde, la sien
han visto ceñirse osados
de victorioso laurel,
y con hechos inmortales
se han logrado ennoblocer.
Yo como ellos algun dia...

CONDE. Me dais compasion.

MASAN. ¿Pues qué,
dudais?

CONDE. Solo un necio amor

puede inspirar tal sandez.

MASAN. Pues mas de lo que pensais
quizás ese dia esté
cercano.

CONDE. Sí, ya saludo
al guerrero gloria y prez
de su patria.

MASAN. Temblad, conde;
que el cielo, en su alto saber,
de pronto al pequeño ensalza,
y al grande pone á sus pies.

CONDE. ¿Me amenazais? Vive el cielo
que aunque perezca, yo haré...

(*Quiere echar mano á la espada: Laura, que se habrá levantado y acercádose poco á poco atenta á la conversacion, se interpone entre los dos y le detiene.*)

LAURA. ¡Padre!

CONDE. Quita tú, malvada,
desbonra de mi vejez:
te desconozco, y mi acero...
sabrá castigar...

MASAN. Tened,
que yo la defiendo, y todo
menos eso sufriré.

CONDE. Ea, acabemos: marchaos;
que si mas os deteneis,
ó vuestra sangre ó la mia
por fuerza habrá de correr.

LAURA. ¡Ay! Vete. (*A Masanielo.*)

MASAN. ¿Y he de dejarte
entregada á ese cruel?

LAURA. ¿Qué importa, no siendo tuya,
que el hierro ó el dolor me dé
la muerte?

CONDE. ¿Qué osas decir?

LAURA. Matadme; pero sabed
que le amo mas que á mi vida.

CONDE. ¡Ó mengua!

MASAN. Bien, Laura, bien:
esa sublime pasion

me engrandece. ¿Qué no haré
si asi me alientas? — Señor,
nos amamos, ya lo veis,
nos amamos, y esta llama
que al cielo plugo encender,
es pura, es inestinguible.

CONDE. Masaniclo, ¿os marchareis?

MASAN. Me marcho... pero muy pronto
á pedirla volveré.
¡La negais al pescador!
No la negareis tal vez
al que mañana os hará
á todos estremecer.

CONDE. ¿Qué escucho? ¿Qué atroz proyecto...?

MASAN. Basta ya. — Cataneo, ven:
salgamos. (*Salen Cataneo y Cafiero.*)

CATANEO. ¿Nos vamos?

MASAN. Sí.

CATANEO. Gracias á Dios.

MASAN. (*Al conde.*) Atended.
Laura queda aqui: yo espero
que el furor reprimireis,
y que un padre hallará en vos,
no un verdugo.

CONDE. Yo obraré
como guste.

MASAN. Es que si acaso,
lo que no puedo creer,
olvidais que es hija vuestra,
y osareis... Ya me entendeis.
A conocerme hora mismo
habeis podido aprender:
juzgad, pues, si sus ofensas
sin venganza dejaré.

CONDE. Imbécil, tus amenazas
desprecio.

MASAN. A Dios. Ya lo habeis
oido... Dentro de poco
á pedirla volveré.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el mercado de Nápoles. Gran número de tiendas de todas clases adornadas con guirnáldas y banderolas de varios colores. Puestos de flores.

ESCENA PRIMERA.

CATANEO. CAFIERO. ARPAYA. GENARO. EL CAPITAN BARBARIDA. CABALLEROS. DAMAS. HOMBRES y MUGERES del pueblo. MARINEROS. SOLDADOS.

(*Al levantarse el telon, se ve el movimiento de una fiesta popular. Muchas gentes de todas clases se hallan paseándose ó paradas en grupos. Algunos estan en los puestos comprando flores. Varios hombres del pueblo juegan ó prueban sus fuerzas, ó estan tocando la bandola. Muchachos corren por todos lados con banderolas en la mano. A la izquierda del actor se hallan Cataneo, Arpaya, Genaro, y otros formando grupo, unos en pie y los demas sentados. En medio una cuadrilla de marineros está ejecutando una danza. Cafiero junto á ellos los anima.*)

DANZA DE MARINEROS.

CAFIERO. Eso me gusta, muchachos:
bailad, bailad, voto á crivas.
Saltad y viva el placer.
Cataneo, ¿ tú no te animas?
CATANEO. Yo no bailo.
CAFIERO. ¡ Yo no bailo!
¡Vaya un gesto!
CATANEO. Y ¿ quién me obliga...?
CAFIERO. Nadie.

CATANEO. Pues déjame en paz.
CAFIERO. Siquiera por ser el dia
del Cármen... ¿No ves la plaza?
Repara qué hermosa vista.
¡Cuánto puesto! ¡cuántas flores!
y sobre todo ¡qué chicas!
CATANEO. Y observa quién viene alli.
(*Le señala al capitan Barbarida, que se acerca despacio con un piquete de soldados.*)
CAFIERO. ¡El capitan Barbarida!
¡Maldito...! No, pues por él
no he de perder mi alegría.
Muchachos, vuelta á la danza.
(*Vuelven á bailar los marineros, pero viendo al capitan junto á ellos se paran.*)
CAPITAN. Señores, felices dias.
¿Qué es esto...? ¿Por qué se acaba...?
CAFIERO. (¡Espantajo...!) Es que... (¡Cuál mira!)
CAPITAN. ¡Qué gentecita hay aqui!
CAFIERO. Es toda gente lucida.
CAPITAN. ¡Qué presidio!
CAFIERO. Estoy por darle...
CAPITAN. Vaya, cuidado, y prosigan.
(*Vase con su gente rondando y observando por todas partes.*)
CAFIERO. Ya nos aguó la funcion.
CATANEO. ¡Que no venga todavía
Masanielo!
(*Un caballero se acerca á dos damas y ofrece flores á una de ellas.*)
CABALL. Si estas flores
os gustan, hermosa niña...
DAMA. Bellas son.
CABALL. Con todo, al veros
las marchitará la envidia.
DAMA. Sois galan; pero guardadlas,
que habrá quien zelos os pida.
(*Salen bailando algunas mugeres del pueblo con bandolines y panderetas.*)
CAFIERO. ¡Ó qué bellas aldeanas!
no he visto caras mas lindas.

Voy á hablarlas.

(*Se dirige á las aldeanas, que dejan de tocar y bailar y se paran formando grupo.*)

ESCENA II.

DICHOS. MASANIELO.

(*Masanielo sale precipitadamente y se dirige al grupo donde está Cataneo. Al verle los que estan sentados se levantan y todos le rodean.*)

MASAN. ¡Hola, amigos!
CATANEO. Ya pensé que no venias.
¿Y qué hay?
MASAN. Que todo va bien:
esta es la ocasion propicia.
Los tercios que aqui se hallaban
en este instante caminan
al socorro de Milan,
do el condestable peligra.
Con solos doscientos hombres
queda el virey... En Sicilia
no hay soldados... Llega gente
de todas las cercanías
á ver las fiestas... El pueblo
ya sordamente se agita,
y murmurando, tan solo
quien le aliente necesita.
CATANEO. Pues ¿á qué aguardamos?
ARPAYA. Pronto:
no hay que tardar.
MASAN. ¿Prevenida
está vuestra gente?
CATANEO. Sí:
la del Lavinaro es mia.
ARPAYA. Todo el Mercado me sigue,
GENARO. Yo mando en la Conchería.
MASAN. Bien... oid.

(*Se acercan mas unos á otros y quedan hablando con misterio.*)

CAFIERO. Ea, muchachas,
¿qué haceis paradas...? Tú, niña,
¿no nos podrias cantar
alguna cosa bonita?
ALDEANA. Si gustais...
CAFIERO. ¿No he de gustar?
¡y con esa voz tan linda!
Formad corro... Oid vosotros. (*A Cataneo.*)
CATANEO. Sí... ya.
CAFIERO. ¡Ya! Me da una ira...
ALDEANA. (*Cantando.*) Sembrada está de flores
la senda del amor;
placeres y delicias
promete al corazon.
Tú, niña, que por ella
corriendo vas veloz,
¡ay! guárdate, inocente,
del primer resbalon.
CAFIERO. ¡Divino! Vamos... mas... mas...
(*Viendo junto á sí al capitan Barbarida.*)
¡Otra vez esta estantigua!
CAPITAN. Quisiera saber por qué
siempre asusta mi venida.
CAFIERO. Como teneis esa cara...
Y luego...
CAPITAN. Continuad, chicas,
que yo tambien quiero oir.
ALDEANA. Pero es que...
CAPITAN. ¿Quereis lo diga
de otro modo?
ALDEANA. No por cierto:
en cuanto á mí, ya estoy lista.
MASAN. (*A los que le rodean.*)
Separémonos, que alli
está el capitan que mira.
ALDEANA. (*Cantando.*) ¿Por qué la pastorcilla
maldice del pastor?
¿Por qué infeliz se queja
con lastimera voz?
¿Sabeis lo que ocasiona
su llanto, su dolor?

Es que dió la inocente
el primer resbalon.

ESCENA III.

DICHOS. MARÍA.

(*Sale María en ademan de buscar á alguno. Ve á Masanielo y se acerca á él con misterio.*)

MARÍA. Masanielo.
MASAN. ¿Quién me llama?
MARÍA. Yo soy.
MASAN. ¿Qué veo...? ¡María!
MARÍA. Ha ya dos horas que os busco.
MASAN. ¿Y Laura?
MARÍA. Mi ama me envía
á que esta carta os entregue.
MASAN. Dámela.
MARÍA. Leed á prisa.
MASAN. (*Lee.*) Vamos á ser separados tal vez para siempre. Mi padre, creyendo que la ausencia será capaz de estinguir mi amor, me embarca hoy mismo para España, donde quiere que permanezca hasta que contraiga otro enlace. Se han dado órdenes para tu prision. Ocúltate: salva tu vida; que aunque me lleven al otro estremo del mundo, siempre será tuyo el corazon de = *Laura.*
¿Qué leo? ¡Trama infernal!
¡Y yo habré de consentirla!
No, vive Dios... Antes juro...
Dime, ¿y Laura?
MARÍA. ¡Pobrecita!
Alli sola la he dejado
llorando á lágrima viva.
MASAN. Mas este viaje...
MARÍA. Es cosa
resuelta... Si está que trina
el padre.
MASAN. Mas ¿cuándo...?
MARÍA. Ahora;

sí, que el conde se descuida.

MASAN. ¿Ahora?

MARÍA. Ya la sacaban
de casa.

MASAN. ¡Ó Dios!

MARÍA. Metidita
la dejé en el coche.

MASAN. ¡Ó rabia!
Pero ¿dónde, dónde iba?
Vamos, habla.

MARÍA. Yo sospecho
que hácia el puerto la encaminan.

MASAN. ¡Al puerto...! No hay que perder
tiempo... Acaso... ¡Y me la quita!
Llegó el momento fatal.
Álcese el pueblo y estinga
á esos crueles tiranos.
¡Hola, Cafiero!

CAFIERO. ¿Quién grita?

MASAN. Escucha.

CAFIERO. Espera, que estoy...

MASAN. Ven, te digo.

CAFIERO. ¿Tanta prisa?

(*Masanielo lleva aparte á Cafiero y le habla bajo. El capitan repara en Masanielo.*)

CAPITÁN. ¿Qué veo...? ¿No es mi hombre aquel?
Aquella fisonomía...
Él es... no hay duda... Por fin
halléle... A ver si está lista
mi gente... Muchachos.

(*Se reune con su gente y se va aproximando poco á poco á Masanielo.*)

CAFIERO. (*Bajo á Masanielo.*) Ya,
ya entiendo.

MASAN. Si necesitas...

CAFIERO. Nada, nada: es mia toda
la gente de la marina.
Voy.

MASAN. No tardes... Yo te sigo.

CAFIERO. Abur.

MASAN. Vé con él, María.

Ahora... (*Vanse Cafiero y María.*)

CAPITAN. (*Deteniendo á Masanielo.*)
Mocito.

MASAN. ¿Qué?

CAPITAN. Dése preso á la justicia.

MASAN. ¿Yo?

CAPITAN. Sí... él.

CATANEO. ¿Quién? ¡Masanielo!

(*Los marineros y gente del pueblo se arremolinan y acuden manifestando descontento.*)

CAPITAN. Vamos, pronto; no resista.

MASAN. ¿Qué causa...?

CAPITAN. Cuando le ahorquen
es regular se la digan.

MASAN. Vive Dios que...

CAPITAN. ¿No obedece?
Prendedle.

MASAN. (*Sacando una pistola.*) Si alguien se arrima,
le dejo muerto á mis pies.

CAPITAN. ¿Qué es esto? ¡Armas prohibidas!
Favor al rey.

MASAN. Compañeros,
á mí.

CATANEO. Canalla maldita,
si no os vais...

VOCES. ¡A ellos!

CATANEO. Sí.

(*Muchos del pueblo sacan puñales y pistolas y se abalanzan á los soldados.*)

CAPITAN. ¿Qué miro? ¡Santa Lucía!
¡Cuántos puñales!

VOCES. A ellos.

CAPITAN. ¡Favor...! ¡Ay...! ¡Que me asesinan!

(*El capitan y los soldados echan á correr: el pueblo quiere seguirlos, Masanielo le detiene.*)

MASAN. Dejadlos, que ellos no son,
gente vil, canalla indigna,
en quienes se ha de cebar
vuestra furia vengativa.
Otros hay, napolitanos,
otros, sí, que la concitan,

y que reclaman los golpes
de la popular justicia.
Otros que orgullo ostentando
en rica, elevada silla,
os imponen las cadenas
de oprobiosa tiranía;
y que gozando sin tasa
riquezas mal adquiridas,
con vuestra sangre y sudor
labran su insolente dicha.

VOCES. Sí... sí.

MASAN. ¿Quién de nuestros males
es el autor? ¿Quién nos mira
como á míseros rebaños
que devora su codicia,
ó como esclavos nacidos
á servirles de rodillas?
Esos que en torno á nosotros
ricos palacios habitan,
palacios que fabricamos,
moradas donde respiran
molicie, lujo insolente,
vicios mil, torpes delicias.

CATANEO. Sí, pueblo, esos que se gozan
en tus miserias, que cifran
su ventura en nuestros males,
y altivos nos tiranizan,
hoy mismo el justo castigo
de sus crímenes reciban.
Miren arder sus palacios,
cébense nuestras cuchillas
en su sangre vil, y asombre
al mundo nuestra osadía.

VOCES. Vamos.

MASAN. Ved la condicion
de vuestras tristes familias.
De hambre pereciendo estan,
y trabajan noche y dia:
escasos, sucios andrajos
sus flacos miembros abrigan;
y ellos la gula insaciable

hartan en mesas opíparas,
ó cubiertos de oro y seda
en plazas y estrados brillan;
y aun asi, el seco mendrugo
que estais royendo os envidian.

VOCES. ¡Venganza!

MASAN. Con mil gabelas
lo poco que os queda os quitan.
Por vil que sea, ¿qué cosa
de sus impuestos se libra?
Hasta los frutos del arbol
que nuestro afan fertiliza
y para sustento nuestro
la próvida tierra cria,
viéndolo estais, el tributo
pagan hoy á su avaricia:
pronto del agua y del aire
vereis tambien que nos privan.

ARPAYA. No, no, primero morir.

CATANEO. Perezcan ellos y viva
el pueblo, y nuestra venganza
de espanto á los siglos sirva.

MASAN. Álzate, pueblo, del polvo,
muéstrate la frente erguida,
y arrojando las cadenas
hoy tu libertad conquista.
El yugo del estrangero
que há tantos años te humilla,
rompe con heróico brio;
y de hoy mas, ya nunca opriman
tu fértil suelo los hijos
detestados de Castilla.
Libertad, independencia,
tal sea nuestra divisa.
¿Hay uno de entre vosotros
que no se inflame al oirla?

VOCES. Ninguno.

CATANEO. Libres seamos.

MASAN. Libre es quien lo solicita;
quien su sangre, su reposo
para serlo sacrifica.

¿Estais á ello dispuestos?

VOCES. Sí.

CATANEO. Ya en nuestras manos brilla
el vengativo puñal,
y arden los rostros en ira.

VOCES. ¡Libertad! ¡Independencia!

MASAN. ¡Ó Nápoles, patria mia!
Ya, en fin, entre las naciones
de ser contada eres digna.

CATANEO. Vamos, pues... Mas aguardad.
Empresa tan atrevida,
si no quereis malograrla,
un caudillo necesita.

ARPAYA. Mi voz nombra á Masanielo.

VOCES. Masanielo, sí.

CATANEO. Podria...

VOCES. Él... él.

CATANEO. (¡Cielos!)

MASAN. De tal puesto
no rehuso las fatigas.
¿Me seguireis?

VOCES. Donde quieras.

CATANEO. (Al fin logró que le elijan.)

MASAN. La torre, Cataneo, donde
las armas se depositan,
vé sin tardanza á ocupar.
Tú, Arpaya, antes que lo impidan,
corre al Mandraquio, y su pólvora
quede al pueblo repartida.
Tú, Genaro, con los tuyos
vé luego á Santa Lucía,
y haz que resuenen los ecos
de su campana temida.

CATANEO. Marchemos.

ARPAYA. Valor.

GENARO. Audacia.

MASAN. ¡Ó suerte! sénos propicia.
A la gloria.

CATANEO. Á la venganza.

MASAN. Viva la libertad.

VOCES. ¡Viva!

(*Catanco, Arpaya y Genaro, seguidos cada uno de parte del pueblo, se van por distintos lados. Masanielo, con otra parte, se dispone tambien á marchar por diferente sitio, cuando oe venir al conde con el capitan.*)

ESCENA IV.

MASANIELO. EL CONDE. EL CAPITAN. PUEBLO.

CONDE. ¡Cobardes, y habeis huido! (*Al capitan.*)
Pues yo haré...
CAPITAN. Señor...
MASAN. ¿Qué veo?
¡El conde!
CONDE. Si en mi poder
no está hoy mismo Masanielo...
MASAN. ¿Lo buscas? Aqui lo tienes.
CONDE. ¡Traidor!
MASAN. Yo mismo me entrego.
Ven á prenderme, si lo osas.
VOCES. ¡Conversano! A él.
MASAN. Teneos:
nadie le ofenda... ¿Lo ves?
tu vida en mis manos tengo.
CONDE. Sabré morir con valor.
MASAN. Aún de que mueras no es tiempo,
que antes... Di... responde...
CONDE. ¡Ó rabia!
MASAN. ¿Dónde está Laura...? Di luego.
¿Dónde está Laura?
CONDE. Y acaso
¿de ella á tí responder debo?
MASAN. Una condicion te impuse:
¿la has cumplido...? Di.
CONDE. Altanero,
yo no admito condiciones
de...
MASAN. De tu hija ¿qué has hecho?
CONDE. Está donde tú jamas
vuelvas á verla.
MASAN. ¡Perverso!

¿Y osaste...?

CONDE. Renunciar puedes
á ese amor que en torpe fuego
arde en tu vil corazon.
Ni aun sabrás dónde la llevo.

MASAN. Lo sé; mas no lograrás,
conde, tu dañado intento.

CONDE. ¿Cómo, pues...?

MASAN. Que aun no ha podido
tu hija salir del puerto,
y en breve...

CONDE. ¡Cielos!

MASAN. La aguardo
aqui para tu despecho.

CONDE. ¡Infame! ¿Quién eres tú
para burlar los proyectos
de un padre...? Pronto el cadalso...

MASAN. Soy quien hoy mismo, si quiero,
á tí, á todos los tuyos,
reducir á polvo puedo.
De vuestras vidas y haciendas
soy el absoluto dueño;
y soy, en fin, á quien todo
aqui se encuentra sujeto.
Si vivís, si respirais,
es porque yo os lo concedo.

CONDE. ¿Qué escucho? Con tu pasion
sin duda has perdido el seso.

(*Se oyen voces del pueblo y el sonido de la campana que toca á rebato.*)

MASAN. ¿Escuchas esos clamores?
Pues esa es la voz del pueblo.
¿Escuchas de esa campana
el son lúgubre y tremendo?
De la popular venganza
son los terribles acentos,
que espanto y pavor infunden
en vuestros cobardes pechos.
Los esclavos se cansaron
ya de sufrir; y del suelo
alzan la abatida frente.

Temblad, tiranos.

CONDE. ¿Qué advierto?
¡Os osasteis rebelar!

MASAN. Jamas es rebelde un pueblo.—
Pero ¿no es ella?

CONDE. ¿Quién?

MASAN. Laura.

CONDE. ¿Qué dices? ¿Mi hija...? En efecto,
ella es.

ESCENA V.

DICHOS. LAURA. CAFIERO. MARINEROS.

(*Salen Cafiero y los marineros trayendo á Laura.*)

LAURA. Dejadme... ¿Dónde
me llevais?

CAFIERO. No tengais miedo.
Seguidnos.

CONDE. ¡Padre infeliz!

MASAN. Con que al fin... (*A Cafiero.*)

LAURA. ¡Ah! Masanielo,
libértame de estos hombres
que espantan.

CAFIERO. (*A Masanielo.*) Ahí te la entrego.
Ya cumplí mi comision.
No, cuando en una me meto...

MASAN. Calma tu espanto, mi bien:
piensa que yo te protejo.

LAURA. ¡Ah...! Ya estoy... Pero ¿qué miro?
¡Mi padre...! ¡Cielos...! ¿Qué es esto?

CONDE. Esto es ser, ingrata hija,
un padre infeliz.

CAFIERO. Abuelo,
¿estais tambien con nosotros?
Voto á crivas, que me alegro.
¡Qué aprension! ¡Tan linda moza
quererla mandar tan lejos!—
¡Mira que si me descuido...! (*A Masanielo.*)
Ya iba andando por el puerto
el falucho... Pero ¿qué hago?
Junto amigos... de los buenos.

Al agua... Dámosle caza...
Al fin, á fuerza de remos
le alcanzamos... Zafarrancho,
abordaje... No hay remedio...
Sacamos nuestros cuchillos...
A este quiero, á este no quiero...
La presa es nuestra... Ahí está.
Se hizo el negocio, y laus deo.

MASAN. ¡Insigne amigo...! Señor,
ya lo veis: hoy mis derechos
puedo sostener... A Laura
hora en mi poder conservo.

CONDE. ¿Y osarás quitar, malvado,
á un padre su hija?

MASAN. Debo
de vuestro furor librarla;
mas solo hallará respeto,
sumision... Pero ¿qué gritos?
De santo entusiasmo llenos
todos acuden... Miradlos.
¡Ó espectáculo soberbio
el de un pueblo que á ser libre
renace de entre sus hierros!

ESCENA VI.

DICHOS. CATANEO. ARPAYA. GENARO. PUEBLO.

(*Sale el pueblo armado con arcabuces, lanzas, y toda clase de armas.*)

CATANEO. Por fin, las armas son nuestras.
Vengan, vengan los perversos;
conocerán lo que puede
de hombres libres el esfuerzo.
Mira, Masanielo, mira
cómo presuroso el pueblo
corre á defender la patria
mostrando noble ardimiento.
Ni uno hay que sordo se muestre
de nuestra voz á los ecos.

MASAN. Sí, nuestra empresa gloriosa
protejen los justos cielos.

CATANEO. Pero ¿qué miro? ¡A tu lado
ese infame, y no le has muerto!
MASAN. ¿Qué dices, Cataneo?
CATANEO. Amigos,
llegó por fin el momento
de que empiece nuestra saña
á dar terribles ejemplos.
En sangre de los tiranos
bañemos nuestros aceros.
Ahí teneis uno, el mas digno
del odio, del furor nuestro.
Muera.
VOCES. ¡Muera!
LAURA. ¡Ó Dios!
CONDE. (*Desenvainando la espada.*) ¡Infames!
MASAN. ¡Ah! tened... Yo le defiendo.
CATANEO. ¿Tú?
MASAN. Yo... En la lid mi valor
mostrar peleando quiero;
mas no con asesinatos
manchar tan noble alzamiento.
CATANEO. ¿Qué importa? Yo al enemigo
mato do quier que le encuentro.
Defiéndase si lo puede;
si no puede...
LAURA. Masanielo,
¿permitirás que á mi padre...?
MASAN. No, vive Dios; que primero
pereceré... Respetad
al vencido, al indefenso.
CATANEO. Aniquilad al malvado.
Sirva su muerte de ejemplo.
VOCES. Sí... sí.
OTRAS. Su sangre.
OTRAS. Su sangre.
MASAN. Pues bien, bárbaros, detesto
vuestro furor... Sois indignos
de ser libres... Buscad luego
otro caudillo que os guie
á la matanza, al incendio.
¿Es esto lo que buscais?

¿Libertad llamais á esto?
Renuncio este puesto horrible
si he de guardarlo á tal precio.
A hombres libres, generosos,
valientes, mandar pretendo:
no á cuadrillas de asesinos
que abomino, que desprecio.

CATANEO. ¿Qué os deteneis...? Dad oidos
á esos viles sentimientos,
dejad impunes los crímenes
de los tiranos soberbios,
y en breve con nuevo yugo
sujetarán nuestros cuellos.
¿Os pretenden generosos?
Como ellos lo eran sedlo.

ARPAYA. Sí, venganza.

GENARO. Es necesario
que justos hoy nos mostremos.

CAFIERO. Justos, sí: por eso estoy:
la justicia es lo primero.
Pero acogotar á un hombre
sin mas forma de proceso,
¿se llama acaso justicia?
No... Pues oid lo que pienso.
No le matemos ahora.

CATANEO. ¡Cómo!

CAFIERO. Que muera deseo;
pero con pompa, de un modo
solemne, para escarmiento
de los suyos.

MASAN. ¿Qué pretendes?

CAFIERO. (*Bajo.*)
Déjame á mí.—(*Alto.*) Sí, formemos
un solemne tribunal
donde juzguemos al reo:
sentencia al canto, y despues
á la horca... ¿Es buen proyecto?

VOCES. Sí... sí... á juzgarle.

MASAN. ¿Qué haces? (*Bajo.*)

CAFIERO. Salvarle: no hay otro medio. (*Id.*)

MASAN. Mas...

CAFIERO. Salgamos del apuro,
y démosle tiempo al tiempo.—
¿Con que estamos? (*Alto.*)
CATANEO. En buen hora.
CAFIERO. ¿Y tú? (*A Masanielo.*)
MASAN. Tambien lo consiento.
LAURA. Que permitas... (*A Masanielo.*)
MASAN. Nada temas:
defenderle te prometo.
CAFIERO. Pues, conde amigo, paciencia.
Yo os lo mando: daos preso. (*Le desarma.*)
MASAN. Bien, compañeros: ahora
sois dignos ya de mi aprecio.
Pero la patria nos llama;
á libertarla marchemos.
(*Arranca una de las banderolas que adornan las tiendas.*)
Esta bandera será
vuestra guia... Cuando el fuego
arda de la lid, miradla,
que donde esté el mayor riesgo,
alli del triunfo y la glória
vereisla abrir el sendero.
VOCES. Marchemos.
(*Vanse todos siguiendo á Masanielo. Cataneo se queda atras, y llama aparte á Genaro.*)
CATANEO. ¿Viste, Genaro,
cuál quiso salvarle?
GENARO. Cierto
que es estraño...
CATANEO. ¿No sospechas
algun oculto misterio?
GENARO. Yo...
CATANEO. Hay uno.
GENARO. ¿Cuál?
CATANEO. Sabraslo.
Mas ven, calla, y observemos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una carcel. La puerta de entrada en en el fondo: otras á los lados. A la derecha del actor, mesa y recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE. CAFIERO.

CAFIERO. Salid, conde... En esta pieza
podreis respirar mejor.
CONDE. Gracias. (*Se sienta junto á la mesa.*)
CAFIERO. ¡Oh! no quiero ser
un carcelero feroz.
¡Carcelero! Mal he dicho.
¡Yo tan ruin empleo! No;
de estas cárceles ahora
me llamo gobernador.
¡Ay, amigo, hemos medrado!
CONDE. Eso bien lo creo yo.
CAFIERO. Y ¿á qué, para no ganar,
hacer la revolucion?
CONDE. ¡Pues!
CAFIERO. Algo me ha de valer
ser héroe y libertador
de la patria.
CONDE. ¡Oh! sí... ¡la patria!
CAFIERO. ¡La patria! ¡qué dulce voz!
Sobre todo si en su nombre
mejoro de condicion.
CONDE. Sois franco á lo menos.
CAFIERO. Claro:
jamas á mí me pasó
por la cabeza esa cosa
de libertad y... Señor,

¿qué mas libre, si yo hacia
mi gusto en toda ocasion?
Lo que yo quiero es dinero.
¡Oh! y este, gracias á Dios,
no ha de faltarme... Es verdad
que tambien cuesta... ¡Qué atroz
pelea! ¡Si hubierais visto!
¡Qué tiros! ¡qué confusion!
Los malditos alemanes
son fieras; gente feroz.
Ellos serian doscientos
y nosotros un millon:
no importa, firmes que firmes;
¡luchando con un valor!
Pero tambien Masanielo
se portó como un leon.
Si no es por él se lo lleva
todo la trampa. ¡Qué ardor!

CONDE. Y ¿á qué me contais á mí...?

CAFIERO. Estas son nuevas que os doy.
Como estais preso, imagino
que en ello os hago un favor.

CONDE. Bien, decid.

CAFIERO. Por fin, triunfamos.

CONDE. ¿Y el virey?

CAFIERO. Le perdonó
Masanielo... Hizo muy bien,
que al cabo es un buen señor;
mas que nuestros privilegios
restableciese exigió.
No sé de dónde han sacado,
para que ahora les dé el sol,
unos pergaminos viejos.
¡Pamplinas todas! Yo estoy
siempre por lo positivo.
Es verdad que él ya sacó
un buen empleo: sabed
que Tomas el pescador
es capitan general.

CONDE. ¿Os burlais?

CAFIERO. De veras. ¡Oh!

bien lo merece... Le han puesto,
muy lleno de relumbron,
un magnífico vestido
que está...—Mirad, tambien yo
me he engalanado... Por fuerza:
ya somos hombres de pró.

CONDE. Y ¿solo el ser de una carcel
alcaide sacásteis vos?

CAFIERO. Esto es interino: luego...
Al pronto la ocupacion
no era grande... Ya se ve,
el pueblo á todos soltó,
hasta al que estaba en capilla.

CONDE. ¿Tambien?

CAFIERO. Toma, y con razon:
se ha portado en el combate
como un Roldan.

CONDE. ¿Con que soy
el único ahora...?

CAFIERO. ¡Qué!
Luego otra vez se llenó
la carcel.

CONDE. ¿Cómo?

CAFIERO. ¡Qué gente!
Es toda de lo mejor
de Nápoles... duques, condes...
muy brillante reunion.

CONDE. ¡Dios!

CAFIERO. No os avergonzareis
de tratarlos, eso no.
Pero ¡ay cielos! ¡qué cabeza!
Si con la conversacion
se me olvidaba... Teneis
una visita.

CONDE. ¿Quién?

CAFIERO. Voy...
¡Y me estaba...! ¡Pobrecita!
Entrad... Vedle allí... A Dios. (*Vase.*)

ESCENA II.

EL CONDE. LAURA.

LAURA. ¡Padre!
CONDE. ¿Qué miro...? ¿Tú aqui?
Hija culpable, y ¿aún osas...?
Aparta, vete... Tu vista
todo mi furor provoca.
LAURA. Señor...
CONDE. Aparta, te digo,
causa vil de mi deshonra.
LAURA. ¡Con tal crueldad tratais
á una hija que os adora!
CONDE. ¿A qué vienes, dime? ¿Acaso
á insultarme?
LAURA. Vuestra cólera
os ciega, señor... Venia...
ya veo que se equivoca
mi amor... á daros consuelos.
CONDE. ¡Consuelos tú, tú, traidora,
que á tu padre y á tu rey
osaste vender!
LAURA. ¡Yo!
CONDE. Goza
de tu perfidia.
LAURA. Señor...
¡Ah! mi voz el llanto ahoga!
CONDE. Llanto hipócrita... No pienses
con él engañarme ahora.
Vé, te maldigo.
LAURA. ¡Perdon! (*Se echa á sus pies.*)
CONDE. Alza, y deja que me esconda
do nunca te vuelva á ver.
LAURA. No... Vuestra piedad implora
esta infeliz... perdonadme...
¿cuándo un padre no perdona?
¿No soy vuestra hija ya,
vuestra Laura, vuestra gloria,
vuestro embeleso...? Acordaos
del amor...

CONDE. ¡Cruel memoria!
Sí, ingrata, tú eras mi bien,
mi delicia... ¡Cuántas horas
en dulce filial cariño
corrí apacibles, dichosas!
¡Ah! ¡el recuerdo de aquel tiempo
este corazon destroza!
LAURA. Por fin...
CONDE. Y bien, ¿qué me quieres?
Ya lo ves, una mazmorra
es la mansion de este anciano
que el peso del tiempo agobia.
En breve tal vez me espera
muerte infame, deshonrosa...
¿Por quién...? Por ese perverso
que tú seducida adoras;
hombre vil que á un triste padre
el bien mas precioso roba.
LAURA. ¿Qué decís...? Pues ¿no le vísteis
contra una turba furiosa
defenderos? Si vivís
¿no es por él?
CONDE. Y ¿qué me importa,
si estos dias mas de vida
un vil cadalso los compra?
LAURA. No lo temais... Masanielo
os salvará.
CONDE. Te equivocas:
ni aun él mismo lo podrá.
LAURA. ¿No?
CONDE. Inocente, ¿acaso ignoras
que al furor de todo un pueblo
dique no hay que se le ponga?
LAURA. ¡Ah! Cual yo no le habeis visto
mover y calmar las olas
de ese pueblo que á su voz
enmudece ó se alborota.
Su noble ardor, su elocuencia
prendan, cautivan, asombran:
no es hombre, es una deidad
que todos ciegos invocan,

y ante su absoluto imperio
los mas osados se postran.

CONDE. El pueblo sigue obediente
al que halaga su ira loca;
mas ósele resistir,
y el ídolo se desploma.

LAURA. ¡Ay cielos! ¿Será verdad?

CONDE. Incauta, mira tu obra.
Este el fruto es de tu amor:
tú, seducida, sin honra;
yo, muriendo en un cadalso;
sumergida en sangre toda
esta opulenta ciudad
que ardientes llamas devoran;
tu rey, tu patria vendidos...
Llora, desdichada, llora.

LAURA. Sí... ya lo veo, y horribles
remordimientos me acosan.

CONDE. Pues todo te lo perdono,
hija, si en tu pecho ahogas
esa funesta pasion.

LAURA. Yo... señor...

CONDE. ¿Dudas?

LAURA. Penosa
obligacion, imposible.

CONDE. ¿De amarle no te sonrojas?

LAURA. Debo olvidarle... lo quiero...
mas mi corazon le adora.

CONDE. ¡Ilusa!

LAURA. Mandad que muera;
á dar la vida estoy pronta;
¡pero olvidarle...! jamas.

CONDE. ¿Eso me dices, traidora?

LAURA. Esta pasion me avasalla,
me confunde, me trastorna,
y solo al pensar en él
las fuerzas ¡ay! me abandonan.
Por todas mis venas siento
correr ardiente ponzoña,
que embriagando mis sentidos,
el alma y razon me roban.

¡Olvidarle yo, Dios mio!
Si eso dijera mi boca,
mintiera, señor, mintiera.
¡Ah! no me mandeis tal cosa.

CONDE. ¡Ó flaqueza!

LAURA. Cuando un pueblo
hoy sus virtudes pregona,
y al poder que Dios le diera
la arrogante cerviz dobla,
¿cómo una triste muger
quereis que resista sola?

CONDE. Bien está... quiérele, ingrata:
ya sé que en tu alma alevosa
mucho mas que un tierno padre
un indigno amante importa.
Cuando él me mande matar...

LAURA. No... Vuestra vida aun á costa
de la suya salvará.
Cuán preciosa me es no ignora,
y que nadie en este mundo
hay á quien yo la anteponga.
Si burlase mi esperanza,
si vos... ¡ó idea horrorosa!
á pesar de esta pasion
que todo mi ser destroza,
eterno aborrecimiento
le declaro desde ahora.
Mas necio temor... jamas...

CONDE. ¡Cielos! ¡él es! (*Viendo entrar á Masanielo.*)

LAURA. ¿Qué os asombra?
Quedaos... Tal vez sus labios
disipen nuestra zozobra.

ESCENA III.

LAURA. EL CONDE. MASANIELO.

LAURA. ¡Ah! Masanielo...

MASAN. ¡Laura! ¡Cuál tus ojos
anublan hoy, mi bien, crudos pesares!

LAURA. ¿Lo estrañas?

MASAN. No... conozco...
LAURA. Di, ¿no es cierto
que ningun riesgo aqui corre mi padre?
MASAN. ¿Puedes dudarlo? Qué, ¿yo consintiera...?
LAURA. ¿Lo oís? ¡Ah! respirad. (*Al conde.*)
CONDE. Pero...
MASAN. Aqui nadie
la vida vuestra amenazar osara.
Yo la defiendo, yo.
LAURA. No en vano, ó padre,
confianza tuve en él.
MASAN. Agravio fuera
de ello, Laura, dudar un solo instante.
Cálmate, pues... Calmaos.
CONDE. En mi pecho
jamas el vil temor pudo abrigarse.
MASAN. Bien... Pero oid... Una palabra os diera,
y la vengo á cumplir. Esto me trae.
CONDE. ¡Una palabra!
MASAN. Sí... Cuando una noche
allá en vuestra mansion...
CONDE. ¡Y recordarme
osas, traidor...!
MASAN. ¡Traidor...! Yo os lo suplico,
moderad por ahora ese lenguaje.
CONDE. ¡Tu prisionero soy...! Sí, razon tienes.
MASAN. Hijo vuestro, señor, mas bien llamadme.
CONDE. ¡Tu padre yo!
MASAN. Me acuerdo... Vuestro orgullo
cuando osado os propuse tal enlace
se estremeció de horror... De vuestra casa
cubierto de ignominia me arrojásteis...
Mas tambien, recordadlo, os dije entonces
que á pedir otra vez un bien tan grande
en breve volvería... Ved: ya he vuelto.
CONDE. ¿Y en mi desgracia vienes á insultarme?
MASAN. No es un vil pescador, no es un villano,
ese hombre á vuestros ojos despreciable,
el que hora intenta unir su sangre innoble
de altivo prócer á la ilustre sangre:
es el gefe de un pueblo, el que ha triunfado

de esos soberbios nobles arrogantes,
el que los mira, desde el alto alcázar,
caer vencidos en obscura carcel,
y á no ampararlos con su fuerte escudo,
viera en su sangre vil tintas las calles.
Es el señor de Nápoles ahora,
ante quien todos la cerviz abaten,
y al que para ser rey solo le falta
que el cetro á recoger quiera bajarse.
Os prometí, señor, ennoblecerme:
ved si Tomas Anielo ofrece en balde.

CONDE. Pues con ese poder de que blasonas,
aun mas ahora te desprecio que antes.
Humilde pescador, te perdonara:
horror me causas ya, rebelde infame.

MASAN. ¡Rebelde yo!

CONDE. Rebelde, sí, lo dije:
con tus iras no pienses me retracte.

MASAN. ¡Rebelde...! ¿Y contra quién...? ¿Hay por ventura
quien con justo derecho aqui nos mande?
Si un tiempo el español nos conquistara,
la fuerza con la fuerza se deshace;
y no es rebelde, ni traidor, un pueblo
que recobrar su independencia sabe.

CONDE. La conquista dos siglos legitiman.

MASAN. Mas oprobiosa esos dos siglos la hacen.

CONDE. No te envanezca un triunfo pasagero:
pronto castigo el rey mandará darte.

MASAN. ¡Felipe...! ¿Ese monarca afeminado,
que en ocio torpe adormecido yace,
y entre jardines, en dorado alcázar,
ve con mirar estúpido, cobarde,
al son de fiestas que un privado inventa
su dilatado imperio desplomarse?
Temiera yo cuando potente en armas,
leyes al mundo el español triunfante
le dictaba do quier: mas ¿qué se hizo
el temido coloso? Un vano alarde
quiere hacer de sus fuerzas, y postrado
rinde el mustio laurel á sus rivales.
Hoy le vence el francés; Holanda libre,

al que fue su señor cubre de ultrajes;
armado el catalan, en sus montañas
contra el yugo opresor firme combate;
y Portugal feliz, rompiendo el yugo,
nuevo trono en su suelo mira alzarse.
Si esos pueblos nos dan tan noble ejemplo,
¿no podremos hacer lo que ellos hacen?
¿Será fuerza lidiar...? Pues bien, lidiemos;
Europa asi nos mirará mas grandes.
Tras larga esclavitud, debe la gloria
con valerosos hechos rescatarse;
y si fuerte ha de ser, honrosa, eterna,
se ha de comprar la libertad con sangre.

CONDE. Con sangre, sí... pero ¿qué sangre? ¡ó cielos!
¡Si solo la estrangera derramasen!
Pero otra de mas precio, mas copiosa,
el suelo tiñe de los patrios lares.
¡Independencia...! ¡libertad...! ¡Ó nombres
á cuyo son los corazones laten!
¿será que siempre de ambiciosos tigres
las pestíferas bocas os profanen?
¿Qué llamas libertad, hombre insensato?
¿Es alzarse del polvo tus iguales,
y en las sillas que ocupa el poderoso,
mas insolentes, á su vez sentarse?
¿Es trocar los andrajos, cual te miro,
por ese rico y esplendente trage;
y vuestra hambre aplacar en nuestras mesas,
hartos ya de matanza y de pillage?
¿Es acaso insultar antiguos timbres,
nombres que veneraron las edades,
cubrir las plazas de sangrientos troncos,
palacios incendiar gloria del arte;
y mentida igualdad apellidando,
proclamar el imperio del alfange?
¡Ventura sin igual! Los buenos tiemblan,
se ocultan ó perecen... los infames
marchan la frente erguida: son ministros
de la santa justicia los puñales:
no hay leyes, no hay honor: plebe furiosa
dicta con el cañon sus voluntades;

y cuando en el temor todo enmudece,
¡oh! entonces somos ya libres y grandes.

MASAN. Abomino, cual vos, tales escesos;
mas pueden, si quereis, hoy remediarse.

CONDE. ¿Cómo?

MASAN. Sed nuestro.

CONDE. ¿A proponer te atreves...?

MASAN. Que su gefe, señor, el pueblo os llame.

CONDE. Jamas.

MASAN. Pues si os negais á conducirlo,
¿á qué estrañar que su furor le arrastre?
La senda le trazad: dadle los brazos,
y en ellos le vereis luego arrojarse.
Nuestra causa es comun... De independencia
¿quién á la voz habrá que no se inflame
Nobles, plebeyos, si la patria sufre,
unan para salvarla sus afanes.
Vos habeis menester la fuerza nuestra,
vuestro saber nosotros... Al combate
nuestros brazos guiad... La prenda sea
de tan feliz alianza nuestro enlace:
paz, reconciliacion, juremos todos,
al jurarnos amor en los altares;
y al ver tan firme union, tan alto esfuerzo,
nuestros tiranos temblarán cobardes.

LAURA. Sí, padre, oidle, sí: mirad sus ojos
de patriótico ardor brillar radiantes:
ese entusiasmo ved, que engrandeciendo
su ser, á una deidad igual le hace.
No hay duda, vencereis, y agradecida,
la patria os deberá sus libertades.
¡Oh! ¿qué gloria, qué timbres habrá entonces
que á su alta gloria y su blason igualen?
Do quiera el pueblo entusiasmado al verle
bendecirá su nombre cuando pase;
padre, libertador, gritando alegre,
le cercará de palmas triunfales;
y ¿dó habrá una familia que en su seno
de admitir á tal héroe no se ufane?
Cuando á su lado caminar me miren,
y su esposa, su bien, feliz me llame,

:

de Nápoles vereis á las mas bellas
encarecer mi dicha y envidiarme.

CONDE. Ilusos: ¡ah! callad... Esos designios
fantasmas son que desvanece el aire.
Tú renuncia un amor que te envilece,
que nunca lograrás: tú, miserable,
en vano aqui de una virtud estéril
pretendes hora hacer pomposo alarde:
esa misma virtud, si es que la tienes,
á tu ruina mas pronto ha de llevarte.
¿De un tribuno cual tú la suerte ignoras?
Apréndela de mí, si no la sabes.
Ó dejas que terribles se desborden
cual torrente las iras populares,
ó tiempo llegará que al contenerlas
á tí tambien sus ímpetus te arrastren;
y de ese trono efímero arrojado,
con muerte horrible tus delitos pagues,
aplastando tu frente con su planta
la plebe ingrata y vil que libertaste.
Sábelo, pues; y ten por mas seguro
este mi vaticinio que tus planes.

LAURA. ¡Ah! ¿qué decís, señor...?

CONDE. Basta... Acabemos.
Sal ya de mi presencia.

MASAN. No... Dejadme...
Mas ¿quién nos interrumpe?-¡O Dios! ¡Cataneo!

LAURA. Me llena de terror su cruel semblante.

ESCENA IV.

DICHOS. CATANEO.

CATAN. (*Aparte al entrar.*)
(¡Juntos estan, vive Dios!)

MASAN. ¿Y bien?

CATANEO. Necesito hablarte.

MASAN. Di, pues.

CATANEO. Ha de ser aparte;
haz que salgan estos dos.

MASAN. Señor... (*Al conde.*)

CONDE. A Dios.
LAURA. Permitid
vaya con vos, padre mio.
Masanielo, en tí confio.
MASAN. No temas... Tranquilos id.
(*Vanse Laura y el conde.*)

ESCENA V.

MASANIELO CATANEO.

MASAN. Habla ahora.
CATANEO. El tribunal
me envía...
MASAN. ¿Ya se ha juntado?
CATANEO. Y su fallo ha pronunciado.
MASAN. ¡Tan pronto! ¡Ó Dios! ¿Cuál es, cuál?
CATANEO. La muerte.
MASAN. ¡La muerte!
CATANEO. Sí.
MASAN. ¡Viven los cielos...!
CATANEO. ¿Lo estrañas?
MASAN. No puede ser... tú me engañas.
CATANEO. Mira la sentencia aqui.
MASAN. ¡Traidores! ¿pues no sabeis
que yo libertarle quiero?
CATANEO. Sí; mas la patria es primero.
MASAN. ¿Y lo que á mí me debeis?
CATANEO. ¿A tí?
MASAN. ¿Negarlo osarás?
CATANEO. Lo que tú has hecho, eso hicimos;
y pues gefe te quisimos,
bien pagado de ello estás.
MASAN. Sin mi voto esa sentencia
no puede cumplirse.
CATANEO. No:
por eso la traigo yo.
Fírmala, pues.
MASAN. ¡Qué insolencia!
¿Te has atrevido á creer...?
CATANEO. Que olvidando pasion necia,

quien de patriota se precia
cumplirá con su deber.

MASAN. Deber horrible.

CATANEO. Sagrado.
¿Firmas?

MASAN. No.

CATANEO. ¿Y esa respuesta
daré al tribunal?

MASAN. Sí, esta.

CATANEO. Bien está: yo le diré
que esclavo de un vil amor,
Masanielo es un traidor
sin patriotismo, sin fé.

MASAN. ¡Cataneo, gracias le da
de que soy tu amigo al cielo!

CATANEO. Donde pérfidos recelo,
amigos no veo ya.

MASAN. ¡Yo pérfido!

CATANEO. ¿No lo eres?
Dame la prueba al instante.

MASAN. ¿Que al padre, yo, de mi amante
dé muerte, bárbaro, quieres?

CATANEO. La patria manda, obedece.

MASAN. ¿La obedecieras tú, di?

CATANEO. ¿Quién puede dudarlo? Sí:
todo á su voz enmudece;
y cuando airado la vengo,
haciendo justos castigos,
entonces ni amor, ni amigos,
ni hermanos, ni padres tengo.

MASAN. Pida mi sangre: gustoso
cuanta tengo se la doy.

CATANEO. Otra sangre pide hoy.

MASAN. Es sangre de los vencidos.

CATANEO. De sus tiranos.

MASAN. Lo fueron.

CATANEO. Aun podrán, pues no murieron,
serlo otra vez.

MASAN. Abatidos,
si somos fuertes y honrados,
la frente ya no alzarán.

CATANEO. Mas seguros estarán
en el sepulcro encerrados.
MASAN. Bárbaro, no he de manchar
tan vilmente mi victoria:
yo me armé para la gloria,
mas no para asesinar.
Vé, tus furores son vanos.
Y ¿me hablas de patria, fiera?
No, la patria no venciera
para mudar de tiranos.
¿Qué importa, si sufre, quién
de su mal es la ocasion?
Infames, si nobles, son,
y si plebeyos, tambien.
CATANEO. Y entonces, ¿á qué vencimos?
¿Para que malvados seres
sigan nadando en placeres
mientras nosotros sufrimos?
¡Ó gran generosidad!
¿Es este el cambio dichoso?
¿Es este el fruto precioso
de la ansiada libertad?
¡Gloria, honor, palabras bellas!
Mal nos conoces, Anielo,
si piensas que nuestro anhelo
se satisface con ellas.
Caigan los viles: ya es hora
de saciar nuestras venganzas:
ahoguemos sus esperanzas
hoy en su sangre traidora.
Que en ella tintos nos vean
disfrutando sus festines:
sus tesoros, sus jardines,
sus palacios nuestros sean.
Y llámanos inhumanos;
que al contemplar tal furor,
estremecidos de horror
se ocultarán los tiranos.
MASAN. Si el pueblo cual tú pensara,
lejos de ser su caudillo
aquí era que atroz cuchillo

el pecho me traspasara;
que mi alma, gracias al cielo,
no es feroz cual tú quisieras,
ni para mandar á fieras
ha nacido Masanielo.

CATANEO. Si esa alma es débil, mezquina,
si te falta corazon,
el gefe, tienes razon,
no eres que Dios nos destina.
Cuando esta hazaña emprendiste
consultáras tu valor:
¿entre ternuras y amor
que se alcanzára creiste?
Vé, no pretendas mandar
á hombres de alma y brazo fuerte:
renuncia tan alta suerte,
conténtate con amar.
La muger que te embelesa
vé á gozar lejos de aqui;
que no faltará, sin tí,
quien dé cima á tanta empresa.

MASAN. Ese serás tú.

CATANEO. Quizás.

MASAN. Doy al pueblo el parabien.

CATANEO. Y qué, ¿no podré tambien...?

MASAN. El héroe suyo serás.

CATANEO. Terminemos la pendencia.
¿Nuestro gefe quieres ser?
El conde ha de perecer.
Aqui tienes su sentencia:
pon tu firma.

MASAN. No la pongo:
lo he dicho ya.

CATANEO. Loco estás:
mira que á perderte vas.

MASAN. Mi fama á todo antepongo.

CATANEO. Por tu bien esperaré.
Quede aqui el fallo: un momento
que en ello pienses consiente.
A Dios... Pronto volveré.

(*Deja la sentencia encima de la mesa, y vase.*)

ESCENA VI.

MASANIELO, solo.

MASAN. Vuelve, sí... vuelve, hombre atroz,
que lo mismo le has de hallar...
Y ¡que me ose amenazar
este bárbaro feroz!
¡Ah! Su mirar altanero
demuestra que harto confia...
Y ¡yo el juguete sería
de su maldad...! No, primero...
Mas tiene razon... airado
el pueblo... ¡Y bien...! ¿No soy yo
su gefe? ¿A qué me eligió?
¿Para obedecer postrado
sus pasiones...? ¡Dios! ¿será
que en su horrible profecía
el conde verdad diria?
¡Esto de mí se querrá!
¡Yo verdugo...! ¡Ah! pierdo el tino.
Pues qué, ¿no se ha de poder
de la patria amante ser
sin ser tambien asesino?
Mas si lo manda... si es cierto
que su salvacion, su honor...
¿entre ella y un torpe amor
podré vacilar incierto?
Aunque es horrible suplicio,
aunque me cueste el morir,
¿no es forzoso consentir
por ella este sacrificio?
No, no: tamaña maldad
la patria jamas consiente:
do el crimen alza la frente
no hay patria, no hay libertad.
Pues bien, firmeza mostremos:
es mi causa noble, santa,
y ese furor no me espanta.
Para probarlo, rasguemos...

(*Toma la sentencia y hace ademan de irla á romper. Sale Cafiero precipitadamente y le detiene.*)

ESCENA VII.

MASANIELO. CAFIERO.

CAFIERO. ¿Qué haces?
MASAN. Rasgo este papel.
CAFIERO. Por Dios, no hagas tal bobada.
MASAN. ¿Si supieras...?
CAFIERO. Lo sé todo:
de referírmelo acaba
Cataneo.
MASAN. ¿Y puedes, Cafiero,
aconsejarme...?
CAFIERO. Yo nada
te aconsejo... El lance, amigo,
es apurado... La trampa
se lo lleva todo si...
MASAN. No he de consentir tal mancha.
CAFIERO. No.
MASAN. Es un crimen.
CAFIERO. Una infamia.
MASAN. Horrible.
CAFIERO. Atroz.
MASAN. Que estremece.
CAFIERO. Que aterroriza, que espanta.
MASAN. Que no puedo consentir,
y primero me matara.
CAFIERO. Eso no; que antes...
MASAN. ¿Qué dices?
Tú tambien...
CAFIERO. ¡Diablos! es chanza
harto pesada el morir;
y...
MASAN. ¡Cobarde!
CAFIERO. ¿Yo? ¡Caramba!
Eso de cobarde... Cuando
saqué á Laura de las garras
de aquella gente... Pues digo,
despues en la gran batalla
bien viste como... Quien hace
aquello, no es ningun mandria.

Cabalmente me perezco
por andar á cuchilladas.

MASAN. Sí, pero...

CAFIERO. Yo te diré.
Me intereso por tu Laura
y su padre... No por ellos,
que él al fin es un canalla,
sino por tí... Yo bien sé
hasta dónde un amor raya,
y... vamos, es fuerte trago
para quien de veras ama.

MASAN. ¡Buen Cafiero!

CAFIERO. Bueno, sí;
pero nada se adelanta
con eso... Es preciso ver...

MASAN. Mi resolucion tomada
tengo ya.

CAFIERO. ¿Cuál?

MASAN. La firmeza
en esta ocasion me valga.
Me presento al tribunal,
le echo su crueldad en cara,
rompo ante él esta sentencia,
y con valor...

CAFIERO. ¡Patarata!
¿Remedios heróicos...? Vamos,
tu cabeza está tocada.
¿No adviertes que te perdieras
sin que á los otros salvaras?
Buenos son ellos... Haráu
alguna barrabasada
contigo, y despues al conde
mataráu, y á su hija.

MASAN. ¿Osaran...?

CAFIERO. Y á cien hijas que tuviera;
sí, que se paran en barras.

MASAN. Pues hagan lo que quisieren,
salvo á lo menos mi fama.

CAFIERO. Bien, pero antes... Más que fuerza
aqui se requiere maña.
¡Qué idea...! sí... sí... ¡famosa!

Y ¡yo que no me acordaba!
MASAN. ¿De qué?
CAFIERO. Ya está libre el conde.
MASAN. ¡Libre!
CAFIERO. Sí.
MASAN. ¡Libre! ¿Me engañas?
CAFIERO. Libre, digo.
MASAN. ¡Ó dicha! ¿Es cierto?
¿Él...? ¿Cómo...? Di... Vamos, habla.
CAFIERO. Firmarás ese papel.
MASAN. ¡Yo!
CAFIERO. La firmarás.
MASAN. Me estraña
que pretendas...
CAFIERO. Firmarás.
MASAN. Nunca.
CAFIERO. Dale, ¡qué machaca!
Firmarás.
MASAN. No.
CAFIERO. Firmarás.
¡Cuando Cafiero lo manda!
MASAN. Pero...
CAFIERO. Dime: á mi custodia
¿no está ahora confiada
la carcel?
MASAN. ¿Y qué?
CAFIERO. Pues bien:
tú firmas...
MASAN. Hombre...
CAFIERO. Cachaza.
Ellos se ponen contentos;
y luego, mientras preparan
el suplicio, saco al conde
callando, y salto de mata.
Vienen, ven que ya escapó
el pájaro de la jaula.
Rabian, gritan, alborotan,
arman terrible asonada;
nos siguen... échale un galgo:
listos serán si me alcanzan.
Tú entre tanto los sosiegas:

la cólera se les pasa:
nosotros estamos libres,
tú servido, y santas pascuas.

MASAN. ¡Ó amigo noble y leal!
¡Cuánto te debo!

CAFIERO. Sí, abraza.
Pero has de firmar, ¿entiendes?

MASAN. Sí, sí.

CAFIERO. No andemos con chanzas.
¿Lo prometes?

MASAN. Lo prometo.

CAFIERO. ¡Cuidado con la palabra!

MASAN. Me cuesta disimular;
pero...

CAFIERO. Que vienen: aparta.

ESCENA VIII.

DICHOS. CATANEO. ARPAYA. GENARO. JUECES.

CAFIERO. Sí, amigo... Este sacrificio
exige de tí la patria:
toda otra voz enmudece
si su santa voz nos habla.
¡Ah! compañeros, venid;
que Masanielo os aguarda
pronto ya á cumplir gustoso
cuanto su deber le manda.

CATANEO. Impaciente por saberlo,
el tribunal me acompaña.
¿Es cierto lo que me anuncia?
(*A Masanielo.*)

MASAN. Sí.

CATANEO. ¿Luego ya está firmada
la sentencia?

MASAN. No lo está.

CAFIERO. Vuestra presencia esperaba
para hacerlo.

MASAN. Voy al punto.
(*Se acerca á la mesa y se sienta.*)

CATANEO. Mucho estraño esta mudanza.

¿Cómo es que...?

CAFIERO. Le he convencido.

CATANEO. ¿Tú?

CAFIERO. Sí, yo... ¡Jesus, qué cara!

ESCENA IX.

DICHOS. LAURA.

LAURA. Masanielo...

MASAN. ¡Laura! ¡cielos!

CAFIERO. Esta es otra que bien baila.
¿A qué vendrá...?

LAURA. Mas ¡qué miro!
Estos hombres...

CAFIERO. La malvada
lo viene á echar á perder.

LAURA. ¡Ah! sus miradas me espantan.
Masanielo.

MASAN. ¡Ó Dios!

LAURA. ¿Qué es esto?
¿Tiemblas?

MASAN. ¡Yo!

LAURA. ¿Qué tienes?

MASAN. Nada.

LAURA. Algo te turba.

MASAN. No creas.

(*Cafiero se coloca entre los dos. Aparta á Laura y luego se acerca á Masanielo.*)

CAFIERO. Una friolera.—Vaya,
valor.

MASAN. No puedo.

CAFIERO. Por Dios.
Mira...

MASAN. Las fuerzas me faltan.

CAFIERO. ¡Estamos frescos!—Señora,
un negocio de importancia...

CATANEO. Marchaos. (*A Laura.*)

LAURA. Vuestra presencia, (*A Cataneo.*)
monstruo, aqui, terror me causa.

CAFIERO. Vamos, firma. (*A Masanielo.*)

MASAN. Nunca.
CAFIERO. Advierte
que resistirte es matarla.
MASAN. ¡Ah! sí. (*Toma la pluma para firmar.*)
LAURA. ¿Qué papel es ese?
MASAN. (*Tapándolo con ambas manos.*)
No lo mires... Marcha, marcha
lejos de aquí.
LAURA. ¿Tú me arrojas...?
MASAN. ¡Ah! por piedad, vete, Laura.
LAURA. ¿Qué misterio...?
CATANEO. ¿No lo oís?
Salid.
(*La agarra por un brazo para apartarla.*)
LAURA. Dejadme.
CATANEO. Insensata,
¿á qué os empeñais...?
MASAN. (*A Cafiero.*) Amigo,
vé, de este sitio la aparta.
CAFIERO. Sí, pero firma primero.
MASAN. ¿No ves?
CAFIERO. Firma.
MASAN. Tu palabra...
CAFIERO. La cumpliré, pero firma.
MASAN. Ya te obedezco. (*Firma.*)
CAFIERO. ¡A Dios gracias!
(*Corre hácia Laura y procura llevársela.*)
Venid, señora, seguidme.
LAURA. ¿Dónde? ¿A qué?
CAFIERO. Tomas me encarga
que liberte al conde.
LAURA. ¿Es cierto?
CAFIERO. Prudencia... Si os escucharan...
LAURA. ¡Ah! vamos pronto.
CAFIERO. Venid.
(*Cafiero se lleva á Laura. Cataneo se dirige á Masanielo.*)
CATANEO. ¿Y la sentencia?
MASAN. (*Dándosela.*) Tomadla.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa una gran plaza. En el fondo hay un arco triunfal hecho con ramas, yerbas y flores. A la izquierda del actor está la entrada de la carcel. A la derecha, en el primer plano, entre otras casas, una con puerta y balcon practicables.

ESCENA PRIMERA.

CAFIERO, algunas gentes del pueblo.

(*Al levantarse el telon se ve á varios trabajadores que estan acabando de adornar el arco con guirnaldas. Habrá algunos grupos de gentes del pueblo.*)

CAFIERO. Ea, chicos, trabajad,
traed guirnaldas, coronas,
todo es poco, voto á brios,
para celebrar la gloria
del héroe que nos liberta
de esclavitud ominosa.

UN HOMBRE. ¿Cuándo empieza la funcion?

CAFIERO. Pronto: dentro de dos horas.
Cuidado que vengais todos
con ramos... Será famosa.
¡Qué triunfo! Igual no se ha visto
desde los tiempos de Roma.
Masanielo pasará
por ese arco en su carroza;
las calles todas colgadas;
luminarias asombrosas;
magnífico... Vamos, vamos,
no hay que pararse... A la obra,
trabajad todos; que aqui

el que no trabaja estorba.
—Mas Laura... Gracias á Dios
que llega... Venid, señora.

ESCENA II.

DICHOS. LAURA. MARÍA. UN HOMBRE.

LAURA. ¡Cuánta gente!
CAFIERO. No temais:
estais segura á mi sombra.
Aquella es la casa... Alli
(*Señalando la de la derecha.*)
podreis estar sin zozobra
hasta la noche. Dispuesta
la fuga está: será pronta
y sin peligro. La gente
que la carcel guarda es toda
de mi eleccion: yo la mando,
y hará cuanto se le imponga.
LAURA. ¿Estais cierto...?
CAFIERO. Son amigos
de los que en todas mis bromas
me acompañan... Yo respondo
de ellos... Entrad... No os conozcan.
Luego que llegue la noche
haremos la escapatoria
y os iremos á buscar.
LAURA. El cielo os proteja.
CAFIERO. ¡Toma!
¿No nos ha de protejer?
Esta es accion meritoria;
y en descuento de mis culpas
se la doy, que no son pocas.
LAURA. ¿Y Masanielo?
CAFIERO. Está ausente.
LAURA. ¡Dios!
CAFIERO. Su ausencia será corta.
Ha ido á Pórtici... No puede
tardar, pues la ceremonia
de su triunfo ya le espera;

y si verla os acomoda,
podreis desde aquel balcon...
Será una funcion hermosa.
Pero ¿qué grupo se acerca?
¡Cataneo! ¿Qué querrá ahora?
Pronto, entrad. — Tú, no te apartes,
María, de tu señora.
(*Al hombre que acompaña.*)
Tú, guíalas, y cuidado:
veremos cómo te portas.

ESCENA III.

CAFIERO. CATANEO. ARPAYA. GENARO. PUEBLO.

CATANEO. Sí, pueblo, serás vengado:
hoy su sangre impura corra.
¿A qué celebrar con fiestas
tu mal segura victoria,
si tus infames tiranos
aún de la existencia gozan?
Mueran primero, y despues
el himno del triunfo entona.
CAFIERO. ¿Qué medita este malvado?
Alguna infernal tramoya...
CATANEO. Cafiero, el pueblo dispone
que perezca sin demora
ese perverso, ese conde
de aborrecible memoria.
Aqui cerca, en el Mercado,
reciba una muerte pronta,
y...
CAFIERO. (¡Cielos!) — ¿Cómo...? ¿Qué conde?
CATANEO. ¿Eso preguntas? ¿Ignoras
quién es?
CAFIERO. Ya se ve, si hay tantos
metidos alli en chirona.
CATANEO. El de Conversano.
CAFIERO. (Pues:
todo mi plan me trastorna.)
— Sí, ya estoy.

CATANEO. Sácalo al punto.
CAFIERO. No puedo, amigo, perdona.
CATANEO. ¿No puedes?
CAFIERO. Todos los presos
estan bajo mi custodia,
y sin que venga una orden...
CATANEO. Esta es su sentencia, toma.
CAFIERO. Bien; pero dar la sentencia
y cumplirla son dos cosas.
CATANEO. El tribunal lo dispone:
á él solo cumplirla toca.
CAFIERO. (¡Cómo apura!)—Masanielo
me mandó...
CATANEO. ¿Qué nos importa
lo que él mande? Aqui del pueblo
se obedece la ley sola:
si resistes, entraremos,
y de una manera ó de otra...
CAFIERO. Qué, si yo no me resisto...
(¡Mala centella te coja!)
Al contrario, lo deseo...
La alegría me rebosa...
y tendré un gusto en mirar
cómo le... Yo por la forma
lo decia, como soy
responsable... ¿Y á qué hora?
CATANEO. ¿No lo oyes? Ahora mismo:
alli, en el Mercado.
CAFIERO. (¡Sopla!)
CATANEO. Con que...
CAFIERO. Sí... ya voy... ¡Qué gozo
el ver cómo le acogotan!
Yo mismo seré capaz...
CATANEO. ¿Qué gente tienes?
CAFIERO. Famosa:
toda del puerto.
CATANEO. Está bien:
encárgate de la obra...
Le llevarás al suplicio.
CAFIERO. ¿Quién...? ¿Yo?
CATANEO. Sí... tú.

CAFIERO. Me acomoda.—
(Ya respiro... Tal vez...)—¡Bueno!
¡Ó qué tiros en la cholla
voy á encajar del vejete!—
(¿Cómo haré...?)

CATANEO. ¿Vas?

CAFIERO. (Dale, bola;
¡qué prisa!)—Voy.—(Pues señor,
pecho al agua y arda Troya.)
(*Entra en la carcel.*)

ESCENA IV.

CATANEO. ARPAYA. GENARO. PUEBLO.

CATANEO. No hay tiempo, no, que perder.
Ó triunfa nuestro enemigo,
ó pronta de este castigo
la ejecucion ha de ser.
Evitemos la presencia,
amigos, de Masanielo;
pues no calma mi recelo
que firmase la sentencia.
Harto resistió; y sus ojos,
que en cólera oculta ardian,
al dármela descubrian
mal reprimidos enojos.
No hay duda: fue su intencion
burlarnos; mas piensa mal
si piensa del tribunal
engañar la prevision.
Si salvarle pretendia,
mas pronta nuestra venganza...

ARPAYA. Es injusta desconfianza;
pues ¿cómo Anielo podria...?

CATANEO. Torpe pasion le avasalla;
y donde manda el amor,
á su halago seductor
la voz de la patria calla.
¿Lo creereis? Odiosos lazos
ha proyectado formar,

y amante hoy mismo estrechar
á esa familia en sus brazos.
Entonces ya no será
el humilde pescador;
será el soberbio señor
que siervos nos llamará;
y del pueblo renegando
en infame apostasía...

ARPAYA. Cierta su muerte sería.

GENARO. Otra vez al yugo infando
la cerviz no doblaremos.

CATANEO. No, amigos, antes morir;
ó antes, mas bien, abatir
al insolente debemos.
Mostrémosle en esta accion
dó nuestro poder alcanza;
y pierda asi la esperanza
que alimenta su traicion.

ESCENA V.

DICHOS. CAFIERO. EL CONDE. Luego LAURA y MARÍA.

CATANEO. (*A Cafiero, que sale.*)
¡Y bien! ¿Cuándo acabarás?

CAFIERO. Ya sale el hombre... Miradle.

(*Sale el conde rodeado de una escolta armada con arcabuces. Al verle el pueblo se alborota.*)

VOCES. ¡Él es!

OTRAS. ¡Tirano!

OTRAS. Matadle.

CAFIERO. (*Alejando el pueblo que se acerca al conde.*)
Ea, poco á poco... atras:
ved que al que se acerque...

VOCES. ¡Muera!

CAFIERO. Canalla, vamos callando.
(*A los de la escolta.*)
Vosotros, id despejando.

(*Algunos hombres de la escolta alejan al pueblo. Laura, oyendo los gritos, se asoma al balcon, reconoce á su padre y baja precipitada.*)

LAURA. ¿Qué voces son estas?
CAFIERO. Fuera. (*Al pueblo.*)
LAURA. ¡Cielos! ¡Mi padre!
CAFIERO. (*A la escolta.*) Marchemos.
LAURA. ¡Y le llevan á morir!
CAFIERO. A mi lado debeis ir: (*Bajo al conde.*)
luego que al punto lleguemos...
CATANEO. ¡Con qué arrogancia camina!
En estos hombres odiados
aun cuando estan humillados
el fiero orgullo domina.
Venid... sigamos. (*A Arpaya y Genaro.*)
(*Sale Laura seguida de María, que procura detenerla.*)
MARÍA. ¿Qué haceis?
LAURA. Déjame... quiero...
MARÍA. Mirad...
LAURA. Verdugos... tened... ¡piedad!
MARÍA. Ved, señora, que os perdeis.
LAURA. ¡Piedad, que es mi padre!
CAFIERO. (¡Ó cielo!
¡Laura!)
CONDE. ¡Mi hija!
LAURA. ¡Compasion!
¡Padre!
CATANEO. ¡Su hija...! ¡Maldicion!
Señora, vano recelo...
LAURA. Dejadme, dejadme vos.
(*A Cataneo con indignacion.*)
CONDE. ¿A qué vienes, hija, á qué?
CATANEO. Idos.
LAURA. Sí, sí: ya lo sé:
quereis matarle... ¡Gran Dios!
No será... no... no lo quiero...
(*Abrazándole.*)
Primero me hareis pedazos
que arrancarle de mis brazos...
Sí, matadme á mí primero.
CONDE. ¡Hija...!
LAURA. Pero ¿dónde está?
(*Mirando al rededor.*)
CATANEO. ¿Quién?

LAURA. Masaniello... Sí... ¿dónde,
dónde está...? ¿Por qué se esconde?
CONDE. Mira el pago que te da:
ese el amante sensible
es á quien tu amor se inclina;
el que á tu padre asesina.
LAURA. ¡Ah! ¿qué decís...? No es posible...
¿Dó está...? Llamadle... Marchad...
Salvarle me prometió.
CONDE. El pérfido te engañó.
CATANEO. Cumplimos su voluntad.
LAURA. Mentís... Tanta alevosía...
CONDE. Pierde esa necia ilusion,
y sobre él tu maldicion
caiga cual cae la mia.
A este precio te perdono;
y un padre su amor te deja,
rogando á Dios te proteja
en tu mísero abandono.
A Dios... Vamos.
LAURA. Aguardad.
No es vana, no, mi esperanza.
CATANEO. ¡Ó qué enojosa tardanza!
¿En qué os deteneis? Marchad.
LAURA. No le arrancareis de aqui.
CATANEO. Separadlos.
LAURA. ¡Monstruo fiero!
¿Te atreves...?
CONDE. ¡Hija!
LAURA. No quiero...
Dejadme... no... no... ¡ay de mí!
(*Separan á Laura de su padre á pesar de sus esfuerzos, y cae al suelo desmayada. María acude á socorrerla.*)
CATANEO. Llevadle, y sin mas tardar...
(*Cafiero y su escolta se marchan llevándose al conde. Le sigue una parte del pueblo: otra se queda.*)
MARÍA. Se ha desmayado.
CATANEO. (*A los suyos.*) Dejadla,
y sigamos...
MARÍA. Amparadla.

CATANEO. Es preciso apresurar...
ARPAYA. ¡Dios! ¿No es aquel Masanielo?
CATANEO. ¿Qué dices?
ARPAYA. Mírale, sí,
encaminándose aqui.
CATANEO. ¡Él es...! Confúndame el cielo.
Retirad á esa muger.
¡Ó funesto contratiempo!
Pero ya no será tiempo;
vendrá á verle perecer.

ESCENA VI.

MASANIELO. CATANEO. ARPAYA. GENARO. LAURA. MARÍA. PUEBLO.

MASAN. ¿Qué es esto...? ¡Qué rumor...! ¿Adónde corre
aquel pueblo en tropel...? ¿Por qué os encuentro
agitados, confusos...? ¿Qué peligro
nos amenaza...? En fin, decid, ¿qué es esto?
CATAN. Que ya impaciente, de aguardar cansado,
á vengar sus agravios corre el pueblo.
MASAN. ¡Cómo...! ¿Qué nuevo crimen...?
(*Reparando en Luara, que empieza á volver en sí sostenida por María.*)
Mas ¿qué miro?
¡Una muger!
LAURA. (*Volviendo en sí.*)
¡Ay Dios!
MASAN. ¿Quién es? ¡Ó cielos!
¡Laura! ¡Laura!
CATAN. Ella es.
MASAN. ¡En cuál estado!
¡Bárbaros, por vosotros...! ¿Qué habeis hecho?
¡Ah! vuelve en tí, mi bien, ya nada temas;
que á tu lado se encuentra Masanielo.
LAURA. Deteneos... crueles... perdónadle...
No le mateis... piedad... piedad os ruego...
MASAN. ¿Qué escucho...? ¡Santo Dios! ¡Sospecha horrible!
Habla, Laura... yo soy... Habla.
LAURA. ¿Qué veo?

¡Masaniello...! ¡Ó placer! ¡Mi padre...! pronto...
¡Mi padre!

MASAN. ¡Cómo!

LAURA. Sí... ¡mi padre!

MASAN. (*Con furor.*) Entiendo.

LAURA. ¡Mi padre...! Alli... alli... Quieren matarle.

MASAN. ¡Ó rabia...! ¡Infame, tú...! (*A Cataneo.*)

CATAN. ¿Qué culpa tengo?
Tus órdenes cumplí.

MASAN. ¿Y osas, malvado...?

LAURA. ¡Él...! ¿Quién...? ¡Él!

CATAN. Sí... Mirad... Ved este pliego
La sentencia del conde... y esta firma,
¿la conoceis?

MASAN. ¡Cataneo!

LAURA. ¡Ó Dios...! ¡Es cierto!
¡Es la suya! ¡Ó maldad!

MASAN. Laura, no creas...

LAURA. Aparta.

MASAN. Mas ¡ó Dios...! Aun será tiempo...
Sí... sí... corramos... ¡Ay! (*Óyese una descarga.*)

LAURA. ¡Ah! ¡Ya no existe!

MASAN. ¡No existe...! ¿Qué, esos tiros...?

LAURA. Sí, perverso.
Sí, monstruo, alégrate... Por fin, cumplióse
tu pérfida traicion... Mi padre ha muerto.

MASAN. ¡Ha muerto! ¡Ha muerto...! Y yo...

LAURA. Por tí, asesino.
¡Y te he podido amar...! ¡Amor funesto,
horrible, detestable...! Vé, malvado;
si te quise una vez, ya te aborrezco.

MASAN. ¡Tú, Laura, tú...! ¡A mí!

LAURA. Sí, lo repito,
monstruo digno de horror... Sí... te detesto.
Huye lejos de mí... Tu amor maldigo,
y mi amor criminal maldigo á un tiempo.
Asi sobre tu frente abominable
el rayo vengador lancen los cielos. (*Vase.*)

MASAN. ¡Ah!

ESCENA VII.

DICHOS, menos LAURA y MARÍA.

(*Masaniello al decir* ¡Ah! *habrá quedado como anonadado, sostenido por alguno de los suyos. Permanece en esta situacion algun tiempo, y despues, como volviendo poco á poco en sí, se manifiesta acometido de un repentino delirio.*)

MASAN. ¡Te aborrezco...! ¡Te aborrezco... ¡Horrible,
horrible voz...! ¿Por qué cuál hondo trueno
aqui resuena, aqui...? ¿Qué nube es esta
que me ofusca el mirar...? ¿Qué enorme peso...?
¡Aborrecer...! ¿Quién...? ¡Ella...! No, mentira...
No es cierto... me engañé... Sin duda es sueño...
pero ¡qué sueño atroz...! Si verdad fuese...
¡Ah! toda mi razon... No, no lo creo.
Mas yo lo oí. Decid... ¿lo habeis oido
tambien vosotros...? ¡Qué...! ¿Guardais silencio?
Pérfidos, ¿lo creereis...? ¿Pues por ventura
que me adora ignorais? Huid, perversos.
Vosotros sois los que intentais aleves,
arrancarme su amor... ¡Vano proyecto!
No lo conseguireis... siempre mas viva
esta llama feliz arde en su pecho.
Preguntádselo, sí. Mas ¿dó se encuentra?
¿No estaba ahora aqui...? ¿Por qué tan lejos...?
¿Quién me la osó robar...? ¿Sereis vosotros?
Id, buscadla, corred.—¡Ah! ¡ya la veo!
Llega, Laura, bien mio, ven y diles
que me amas, que me adoras.—¡Dios! ¿qué es esto?
A tus plantas tendido, destrozado,
de tí me aparta ensangrentado cuerpo.
¡Es tu padre...! Su sangre hirviente corre...
A mí la arrojas; y en airado acento,
oigo otra vez tus labios que repiten
esa terrible voz ¡yo te aborrezco!

CATAN. Infeliz, su razon le ha abandonado.

MASAN. Pues bien, ódiame, sí... Ese odio acepto.
Amor, dichas, placer... á Dios... Renuncio

para siempre á vosotros... solo quiero
vivir ya para odiar... pero mis odios,
temblad todos, temblad, serán funestos.
Pues tú me los arrojas, los recojo,
y los vuelvo á mi vez al mundo entero.
¿Qué haceis ahí vosotros? ¿Por qué os miro
ociosos? ¿Qué esperais...? ¿No hay ya protervos
á quienes castigar? ¿No hay ya venganzas?
¿Cómo tan tibio estás, airado pueblo?
Caigan esos palacios que te insultan;
sus doradas techumbres trague el fuego;
dispersad las riquezas que atesoran,
y esterminad á sus altivos dueños.
Id, yo lo mando... Que las manos vuestras
esgriman sin piedad la tea, el hierro;
y eternas ruinas desde hoy mas el nombre
recuerden con horror de Masanielo.

CATAN. Sí, sí: marchad, obedeced... es justo:
al mundo dad este terrible ejemplo.

VOCES. Vamos.

CATAN. ¡A la venganza!

VOCES. ¡Al esterminio!

CATAN. Pueblo, no haya piedad.

VOCES. No... no... marchemos.

(*El pueblo se dispersa, y al cabo de algun rato se ven por todos lados las llamas de un incendio que aumenta por grados. Masanielo ha vuelto á quedar sumido en un profundo abatimiento.*)

CATAN. (*A Masanielo.*)
Ahora el gefe de mandarnos digno
en tí ya reconozco... Tu alto puesto
supiste merecer... Te espera el triunfo.
Ven, sígueme, que allí...

MASAN. (*Distraido.*) Di... ¿Será cierto
que Laura me aborrece?

CATAN. ¡Qué delirio!
Ven, desecha ese vano pensamiento.
Mira el carro triunfal. (*Señalando al fondo.*)

MASAN. Tal vez al verme
sentado en él, su amor arda de nuevo.
¡Es tan bella la gloria! Mas ¿qué llamas...?

CATAN. Las mandaste encender.

MASAN. ¿Yo...? No me acuerdo.
Pero sí... vamos... sí... Las luminarias
de mi triunfo serán...

(*Da algunos pasos, vuelve á caer en su abatimiento, y dice con dolor y amargura:*)

¡Yo te detesto!

(*Cataneo le coge por el brazo y se lo lleva, dejándose él ir maquinalmente.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE. CAFIERO. Luego MASANIELO en el carro triunfal. PUEBLO.

(*Todo el pueblo se agolpa hácia el fondo; y apenas se ha marchado Masanielo, aparecen en el proscenio Cafiero y el conde disfrazado. Empieza á anochecer.*)

CAF. Venid, señor, venid... Por fin logramos
engañar su furor.

CONDE. ¡Cuánto te debo!

CAF. Huyamos de ese pueblo enfurecido.
¿Oís sus voces? (*Se oyen dentro voces y vivas.*)

CONDE. Sí... Pero ¡qué incendio!

CAF. Es cierto... ¿Qué será?—Mirad.

CONDE. ¡Ó asombro!
¡Masanielo triunfante!

CAF. Huyamos luego.

(*Masanielo aparece por el fondo en el carro triunfal. Le rodea el pueblo, llevando ramas, palmas y teas, y victoreándole. El incendio aumenta. El conde y Cafiero huyen apresuradamente atravesando el proscenio.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

El teatro representa un jardin: á un lado un pabellon: hácia el fondo el palacio del conde: en medio, cerca del proscenio, un grupo de árboles con un asiento al pie.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE. UN MARINERO.

(*Salen el conde y el marinero del pabellon. El primero leyendo una carta.*)

CONDE. (*Lee.*) Milagrosa es el modo con que os habeis libertado del furor de esos asesinos. Vuestra vida, sin embargo, peligrará en tanto que permanezcais ahí, por muy oculto que esteis. Hoy mismo deben llegar fuerzas suficientes para atacar á los rebeldes. Venid, pues, sin tardanza á este castillo, donde en breve podrá ser útil la presencia de tan buen servidor del rey. Vuestro. = *El duque de Arcos.*

¿Teneis cerca vuestra lancha?

MARIN. Ahí en esa orilla está
atracada.

CONDE. ¿Me podreis
sin riesgo alguno llevar
á Castel dell Ovo?

MARIN. Puedo.

CONDE. Pues bien, id, y me esperad.
(*Vase el marinero.*)

ESCENA II.

EL CONDE, solo.

CONDE. Es preciso no perder
esta ocasion... ¿Si vendrá
Laura...? Infeliz, ¡cuál quedó!
¡En un deliquio mortal
sumergida...! En ella, al fin,
venció el cariño filial;
y hora ya desengañada,
sumisa obedecerá...
Mas héla aqui.

ESCENA III.

EL CONDE. LAURA. CAFIERO.

LAURA. (*Llega corriendo y se arroja en los brazos del conde.*)
¡Padre!
CONDE. ¡Hija!
LAURA. Padre querido, ¿es verdad
que os vuelvo á ver? Permitid
que cien veces y cien mas
os estreche entre mis brazos...
¿No es ilusion? ¡Vivo estais!
¡Vivo, sí!
CONDE. Dale las gracias
primero á Dios, que guardar
quiso mi vida, y despues...
LAURA. ¡Ah! ¿cómo recompensar...?
CAFIERO. Dejaos de eso... Fue idea
escelente, voto á tal;
pero no mia, que tanto
no discurro yo jamas.
Es lance que ha pocos dias
á un amigo oí contar,
y sucedió... ¿dónde...? ¿dónde...?
no me acuerdo... ¿qué mas da?
Hice de él memoria, y dije:
¿este caso no es igual?

Pues lo mismo hagamos... Tiren
con pólvora nada mas:
fínjase muerto al oir
los tiros, y estamos ya
fuera del paso... Ello es cierto
que favoreció mi plan
el barullo que se armó
al presentarse Tomas;
y luego el incendio, el triunfo...
En fin, se pudo escapar.

CONDE. Entre los males que afligen
á esta infeliz capital,
este rasgo de heroismo
consuela la humanidad.
Sin el premio que merece
el rey no lo dejará;
yo mismo...

CAFIERO. Sí, pero ahora
en lo que debeis pensar
es en huir. Alterado
el pueblo otra vez está.
Intentó vuestro cadáver
despues del triunfo arrastrar:
buscólo: uno de los mios
les contó el lance, y estan
que braman.

LAURA. Marchaos.

CONDE. Sí.
Vamos, hija.

CAFIERO. ¿Qué, se va
con vos? Pues yo imaginaba...

CONDE. ¿Por ventura lo dudais?

CAFIERO. ¿Y mi amigo?

CONDE. ¿Masanielo?

LAURA. ¡Ah! no volvais á nombrar
á ese infame.

CAFIERO. ¿Qué decís?
¿Vos ese pago le dais?

LAURA. ¿Qué otro merece un traidor
asesino y desleal?

CAFIERO. ¡Asesino! ¿Cómo es eso?

¡Él! ¡Masanielo...! Mirad...
Cuidado, que hasta ese punto
las chanzas pueden llegar.
¡Despues que él os ha salvado!

LAURA. ¿Quién? ¿Él?

CAFIERO. Él.

LAURA. ¿Será verdad?

CAFIERO. Como que si no es por él,
estais en la eternidad.

LAURA. ¿Lo veis...? Bien me lo decia
el corazon, que capaz
no era de... ¡Que haya podido
un solo instante dudar...!
¡Infeliz!

CAFIERO. Bien infeliz:
teneis razon.

LAURA. ¿Qué?

CAFIERO. ¿Ignorais
el estado en que se encuentra?

LAURA. ¿Qué le ha sucedido? Hablad.

CAFIERO. Tal impresion en su mente
hizo el suceso fatal,
que desde ayer la razon
le ha trastornado el pesar.
Perdido el juicio, do quiera
corriendo cual loco va.
Ora llora, ora sonríe,
ora se pone á gritar,
ora taciturno espanta
con triste y sombría faz.
Os llama, y mas se enfurece
vuestro nombre al pronunciar.

LAURA. ¡Santo Dios! Yo soy la causa...

CAFIERO. Pero alli viene: mirad.

LAURA. ¡Que á tal estremo el dolor...!
¡Oh! ¡cuán demudado está!

ESCENA IV.

DICHOS. MASANIELO.

LAURA. ¡Masanielo!

MASAN. ¿Quién me llama?
¿Quiénes sois?
LAURA. ¿Tú lo preguntas?
¿No me conoces?
CAFIERO. A nadie.
MASAN. ¿Yo...? ¿á tí...? No te vi nunca.
LAURA. ¿Ya no conoces á Laura?
MASAN. ¡Laura!
LAURA. Yo soy.
MASAN. ¡Qué fortuna!
¡Tú Laura...! Ven.—Embustera:
no lo eres, no... tú te burlas.
Laura está lejos de aqui;
muy lejos... Voy en su busca.
CONDE. ¡Infeliz!
MASAN. Y vos, ¿quién sois?
¡Ah! ya lo sé... Sois sin duda
de Francia el embajador.
CONDE. ¿Yo?
MASAN. Pues hablad: ya os escucha
el dux... ¿Reconoce al fin
el francés nuestra república?
CAFIERO. ¡Por dónde sale!
MASAN. Decid
á vuestro amo que quien jura
ser libre, cual lo juramos,
pactos tan viles rehusa:
ó vence, ó bien en la empresa
entre ruinas se sepulta.
CAFIERO. ¡Qué embajador, ni qué... Mira
que es el conde...
MASAN. ¡El conde! ¡Ó furia!
¡El conde! ¿Quién hay aqui
que su muerte me atribuya?
¿Sois vosotros...? No, perversos,
mentís.
CAFIERO. Si nadie te acusa...
MASAN. Mentís... es falso... jamas...
Me engañaron... ¡maldad suma!
Yo libertarle queria;
y un traidor, Dios le confunda,

fingiendo amistad, osó...

CAFIERO. No le hagas tal injuria.
Al contrario.

MASAN. ¡Ah! Vele aqui.
¿Dónde, malvado, te ocultas?
Hallete al fin... Morirás,
y entre mis manos robustas...

(*Se abalanza á él, y le agarra á la garganta.*)

CONDE. ¿Qué haceis?

CAFIERO. Quita.

LAURA. ¡Masanielo!

(*Laura pronuncia esta palabra fuertemente. Masanielo suelta á Cafiero, y se pone á escuchar como reconociendo la voz.*)

MASAN. ¡Qué voz...! ¿Oís...? Es la suya.
Ella es, sí, que me llama.
¡Me llama...! ¡Laura...! ¡Ó ventura!
Voy... voy... no me detengais.
Voy... voy... voy... (*Vase.*)

ESCENA V.

LAURA. EL CONDE. CAFIERO.

LAURA. ¡Fatal locura!
¡Ah! Yo le sigo.

CONDE. ¿Qué intentas?
Pensemos solo en la fuga.

LAURA. ¡Y he de dejarle?

CONDE. Es forzoso.
El justo cielo que turba
su razon, sabrá volvérsela
luego que á sus fines cumpla.

LAURA. Y nosotros que la causa
somos de su desventura,
¿no tenemos que cumplir
tambien deberes? ¡Ah! nunca...

CONDE. Incauta, piensa en los riesgos
que aqui do quier nos circundan.

LAURA. Aunque la vida me cueste,
á mí ninguno me asusta.

CONDE. Y ¿tu padre?

LAURA. ¡Vos...! Es cierto...
CONDE. Sígueme... vamos.
LAURA. ¡Ó dura
necesidad...! Atended...
CONDE. ¿Qué?
LAURA. Tal vez...
CONDE. ¡Ah! tú rehusas...
LAURA. No, disponed de mi suerte;
que aunque mi pasion es mucha,
en mí la voz...
CAFIERO. Poco á poco:
¿y aqui á nadie se consulta?
CONDE. ¿Cómo?
CAFIERO. Que contando estais
sin la huéspeda.—Él huya
cuando guste, pero vos,
eso no.
CONDE. ¿Quién dificulta
su partida?
CAFIERO. Yo.
CONDE. ¿Vos?
CAFIERO. Sí.
Sé muy bien que esto no os gusta;
pero mi amigo es primero.
CONDE. ¿Y mi autoridad?
CAFIERO. Es nula.
Aqui mandamos nosotros.
Si os sigue, adios: las afufa
para siempre, y nos quedamos
sin novia.
CONDE. ¿Y con su locura
insistís...?
CAFIERO. Sí: por lo mismo.
Pues ella el juicio le ofusca,
ella es quien le ha de curar.
Los físicos lo aseguran.
LAURA. ¿De veras?
CAFIERO. Cierto... Ya veis...
LAURA. Entonces...
CONDE. (¡Negra fortuna! (*Aparte.*)
Mas disimulemos... Pronto

volveré.)

CAFIERO. Luego, la fuga
de los dos os espondrá
á que por ella os descubran.
Dejadla: la cuidaremos.
No somos ninguna chusma
intratable y descortés:
gastamos tambien finura
con las damas.

CONDE. Bien está:
como por su parte cumpla
cual debe...

CAFIERO. Mas ¿no es Cataneo
aquel...? Sí, él es... ¡Qué diablura!
Esto es malo... Si os descubre...
Marchad, marchad... La falúa
os está esperando... Pronto,
que aqui se acerca... Él os busca
sin duda... Yo aqui me quedo
para contener su furia.

(*Vanse el conde y Laura.*)

ESCENA VI.

CAFIERO. CATANEO.

CATANEO. ¿Quién es aquel que va alli?

CAFIERO. Un pescador. ¿No lo ves
por el trage?

CATANEO. Y ella es
Laura.

CAFIERO. Ya se ve que sí.

CATANEO. ¿Dónde va?

CAFIERO. Se va á embarcar.

CATANEO. Aquel es su padre.

CAFIERO. ¡Bien!
¿Estás en tu juicio? ¿Y quién
le pudo resucitar?

CATANEO. Alcanzándole sabremos...

CAFIERO. Atras: de aqui nadie pasa.

CATANEO. La ira el pecho me abrasa.

¡Traidor!

CAFIERO. No nos sofoquemos.
Soy testarudo, lo sabes;
y es empeño que he formado.

CATANEO. Sí, porque tú le has salvado.

CAFIERO. Pues siendo asi, que me alabes
justo será.

CATANEO. ¿Yo?

CAFIERO. Sin duda.
¿No fuera laudable accion?

CATANEO. No fuera sino traicion.

CAFIERO. La palabra es algo cruda.
Mas que sea ó no bien hecho,
le he salvado, sí señor;
y ¿qué tenemos...? ¡Traidor!
Pues si lo soy, buen provecho
me haga... pues... ¡Habráse visto!

CATANEO. Si hubieras sido capaz...

CAFIERO. Tengamos la fiesta en paz;
porque sino ¡vive Cristo...!

CATANEO. ¿Me amenazas?

CAFIERO. No que no.
¡Con fieros á mí me vienes!
Si tú buenos puños tienes,
buenos puños tengo yo.
Veremos quién puede mas.
Pero mírale embarcado.
Pese á tí, ya se ha salvado.
A Dios, señor Fierabrás. (*Vase.*)

ESCENA VII.

CATANEO, solo.

CATANEO. Me ha burlado, vive Dios;
mas, ó corazon, respira,
que víctimas de tu ira
hoy mismo serán los dos.
A un rival aborrecido
demos el golpe funesto:
derroquémosle del puesto

por mí tan apetecido.
Te libraste de la muerte,
conde, y me debo alegrar,
si otra sangre, en tu lugar,
que mas me importa, se vierte.
Se verterá; que ya tengo
las pruebas de la traicion.
Albricias, pues, ambicion,
venciste... ¿A qué me detengo?
Solamente un paso ya
le falta dar á mi encono:
vamos á darlo, y el trono
de Italia mio será. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

LAURA. MASANIELO.

(*Sale Laura observando á Cataneo que se marcha.*)

LAURA. ¡Ah! ya se fue... respiro... Al fin mi padre
las olas hiende en salvadora barca.
Protejedle, Dios mio; y de sus iras
el tiempo calmará la adusta saña.
Sí, yo lo espero: en sus paternos brazos
algun dia tal vez... ¡Ilusion vana!
¡Masanielo infeliz! Hoy tu locura
la flor vino á agostar de mi esperanza.
Pero aqui se dirige.—¡Quién me diera
sus males disipar!

(*Sale Masanielo lentamente, pensativo y triste; y sin reparar en nada se viene á sentar en el banco.*)

MASAN. No pude hallarla...
No pude... no... y el bosque he recorrido,
y el vergel, y el palacio... nada... nada...
Ella fue, sin embargo... su voz era
la que aqui resonó... su voz tan grata...
aquella voz que el corazon conmueve...
No me pude engañar.

LAURA. No te engañabas.
Era ella.

MASAN. (*Levantándose.*)
¡Otra vez...! ¡Ó dicha...! ¿Dónde,
dónde estás...? ¿Eres tú...? No, no eres Laura.
LAURA. ¡Oh! sí.
MASAN. Vete.
LAURA. ¡Cruel! ¿Me desconoces?
MASAN. ¡Ah! ya comprendo... ¿Con que tú eres, falsa,
quien fingiendo su voz...?
LAURA. Cálmate: el cielo
para aliviar tu pena aqui me manda.
MASAN. ¿A tí?
LAURA. Benigno de tu mal se duele,
y lo quiere templar... La dulce calma
vuelva á tu pecho, y la razon perdida
de nuevo infunda su divina llama
en tu estraviada mente... Ó Masanielo,
¿quién compasivo al verte no llorara?
MASAN. Sí... sí... prosigue... que al oirte siento
un consuelo, un placer... No calles... habla...
habla.
LAURA. No puedo... que mi voz... el llanto...
(*Le toma una mano y llora sobre ella.*)
MASAN. ¿Qué haces...? ¡Llanto feliz...! ¡Cómo derrama
en mí dulce calor...! Dime: ¿quién eres?
Tal vez un angel que del cielo baja
á consolarme... Sí... tan solo un angel
es hermoso cual tú... ¡Qué tez nevada!
¡qué rostro celestial...! ¡qué bellas formas...!
¡Cuál tu ardiente mirar penetra el alma!
Dime quién eres, sí.
LAURA. ¡Que no conozcas
á la que amante fiel...
MASAN. Necia, ¿tú amas?
¡Ah! Yo tambien amé... Quise á una hermosa...
Tenia tu mirar... Y améla ¡ingrata!
cual no se puede amar... con un delirio,
un ciego frenesí que nadie iguala.
Pues bien... ¿podrás creerlo...? me aborrece...
me aborrece... ella misma...
LAURA. No, te engañas.
MASAN. Pero su odio es fatal... Sí, todo un pueblo

ese aborrecimiento ahora me paga;
y en mi furor...

LAURA. ¿Qué hiciste? No son esas
las pruebas que á tu amor le pide Laura.

MASAN. ¡Laura...! Su nombre es ese... ¿La conoces?

LAURA. Laura siempre te adora, te idolatra.

MASAN. ¿Qué dices...? ¿Ella...? ¡A mí!

LAURA. Sí.

MASAN. ¿Será cierto?
No me engañes... por Dios... fuera una infamia.
Repítemelo... sí...

LAURA. ¿Cómo decirte
que arde y muere por tí la desdichada?

MASAN. ¡Ah! me mata el placer... Mas ¿cómo sabes...?

LAURA. ¿No ves que ella está aqui, que ella te abraza;
que esta voz es su voz, este su llanto?
¡Ah! cruel: mis gemidos, mis palabras,
¿no te dijeron ya que aqui la tienes?
¿Nada tu corazon te dice, nada?
Mírame... mírame.

MASAN. ¡Dios...! ¡tú...! sí... ¡cielos!
¡Ella es! ¡ella es!
(*Se arroja en sus brazos con entusiasmo.*)
¡Prenda del alma!
Mas ¿qué es esto? El placer... siento... sostènme...
¡Ay! yo fallezco.
(*Cae desfallecido á los pies de Laura.*)

LAURA. ¡Santo Dios! Le faltan
las fuerzas... Nadie aqui... Mi bien... ¡Ah! vuelve,
vuelve en tí... Masanielo.

MASAN. (*Volviendo poco á poco en sí.*)
¿Quién me llama?

LAURA. ¡Masanielo!

MASAN. ¿Eres tú... Laura... bien mio?
¿Qué es esto...? ¿Dónde estoy?

LAURA. Ven, ven... descansa.
(*Le conduce al banco y se sientan los dos.*)

MASAN. ¿Qué es lo que pasa en mí...? de ante mis ojos
un espeso vapor pienso que apartan...
Mas puro el aire me parece... el pecho
facil respira... el corazon se ensancha...—

¿Con que eres tú?—¡Gran Dios! Sin duda un sueño
he debido tener... pero, ó mi Laura,
qué sueño tan horrible.—Di... ¿tu padre...?

LAURA. Mi padre vive.

MASAN. ¿Sí...? pues yo jurara...
pero no pudo ser.

LAURA. Olvida, amigo,
esas tristes ideas.

MASAN. Y tú... ¿me amas?

LAURA. ¿Aun puedes preguntarlo?

MASAN. Es que... ¡locura!

LAURA. A tu lado me ves, y ¿esto no basta?

MASAN. Es verdad... es verdad... Mas no sé cómo...

LAURA. ¿A qué en eso pensar...? De esta enramada
mas bien contempla el espesor sombrío,
y las flores brillantes que embalsaman
el aire en derredor, y de aquel cielo
el apacible azul, y de esas aguas
el grato murmurar, y esta frescura
que esparcen por do quier suaves auras.
Goza de tantos bienes que tu pena
sabrán desvanecer.

MASAN. Sí... sí... me agradan;
pero háblame de tí, de tí, bien mio;
que esto solo y no mas quiero con ansia.

LAURA. Pues bien, llégate aqui... Diráte el labio
cien veces y otras cien que te idolatra
este fiel corazon que por tí solo
arde, palpita y en amor se abrasa:
dirá que eres el bien tras que suspiro,
que todo mi existir conmueve, encanta,
por quien sin vacilar diera al desprecio
el brillante esplendor de cien monarcas.
¿Qué á mí su pompa? Cuando al lado mio
te encuentro, nada á mis deseos falta.
Pendiente de tus labios, oigo, adoro
tu dulce razonar embelesada,
y en ese fuego que en tus ojos brilla
bebo el ardor que el corazon me inflama.
Entonces la existencia me parece
veces mil mas hermosa y mil mas grata:

dije mal: solo entonces sé que existo;
pues donde tú no estás la vida acaba.
Sí, tu vida es mi vida: no respiro
sino porque hasta mí tu aliento pasa.

MASAN. Y yo, triste de mí, ¿qué fuera, dime,
si con igual pasion no te adorara?
Tampoco antes de verte yo existia,
porque solo al amar vida se llama:
no amar cual suelen los vulgares pechos,
con tibio fuego en insensible calma,
sino con el furor que en hombres fuertes
su eterna gloria ó su desdicha labra.
Mil veces en mis sueños ambiciosos
postrado el mundo ansié ver á mis plantas,
y tales sueños no creí posibles
sino cuando tu amor me dió sus alas.
Entonces, sí, desde mi humilde choza,
á impulsos del ardor que me arrebata,
desafio á los reyes, y á mis golpes
deshecho en ruinas su poder se aplana;
que esto y mas puede hacer quien feliz debe
el vigor que le anima á tus miradas.
Sin tí un oscuro pescador yo fuera;
hora al cielo por tí mi frente se alza;
mas la gloria y poder que me circundan
sin que tambien los goces, ¿qué son? Nada.
Ven, pues: el pescador hora te ofrece
de triunfo insigne la gloriosa palma;
y un puesto te dará donde entre honores
tuyo puedas al fin llamarle ufana.
¿Quieres mas todavía? Habla... Yo puedo
tus deseos colmar... ¡Qué bien sentara
en esa frente cándida y hermosa
la esplendente diadema de un monarca!
Di que quieres reinar; y reina al punto
de Nápoles serás, de toda Italia.

LAURA. Solo quiero ser tuya. ¿Qué me importan
cetro y regio dosel, grandezas vanas?
Dame tus redes y tu amor con ellas:
á mi felicidad esto le basta.

MASAN. Y á la mia tambien. ¿Qué mejor trono

que mecida en el mar mi pobre barca
cuando vogando de la costa lejos,
y viendo solo el aire, el cielo, el agua,
solos en la natura nos creamos,
en una confundiendo nuestras almas?
Ni adornará tu frente una corona
cual de rosa y clavel fresca guirnalda;
ni menos dicha nos ofrece el bosque
que en dorados salones regio alcázar.
¿Ves cuán bello está aqui? ¿No es este el templo
que amor propicio á sus electos guarda?
Verde y fresco dosel, florida alfombra,
coro armonioso que placeres canta,
y aquel luciente sol que allá en el cielo
ve y aplaude este ardor que al suyo iguala.
¿A qué esperamos, pues? Dios nos contempla:
de fé tan pura el juramento aguarda.
Ven, Laura, acércate: recibe el mio;
y el tuyo espero aqui puesto á tus plantas.

LAURA. Recíbelo, mi bien: tuya por siempre,
tuya soy... soy tu esposa... ¿Qué haces? Alza;
que tu puesto no es ese... aqui lo tienes.

(*Se abrazan.*)

MASAN. ¡Ah! ¿quién mi dicha ahora no envidiara?

ESCENA IX.

DICHOS. CAFIERO.

CAFIE. Huid, huid; que el pueblo enfurecido
aqui penetra... Su implacable rabia
una víctima busca, y ¿lo creerias?
la víctima eres tú.

MASAN. ¿Yo?

LAURA. ¡Ó Dios!

MASAN. Te engañas:
no es posible.

CAFIE. Cataneo, ese malvado
que de ruinas y sangre nunca se harta,
va gritando traicion... Que le has vendido
le dice al pueblo, y á la voz de patria,

concitando los ánimos inquietos,
contra tí alucinados los arrastra.

MASAN. ¡Ó maldad! (*Se oyen voces del pueblo.*)

CAFIE. ¿Oyes ya?

MASAN. ¿De mis afanes
es este el premio...? Con tenaz constancia
yo sabré...

LAURA. ¿Qué pretendes?

CAFIE. Que ya llegan.

LAURA. Huye.

MASAN. Jamas.

ESCENA X.

DICHOS. CATANEO. PUEBLO.

CATAN. Miradle. Con su amada
le encontramos aqui... ¿Qué mayor prueba
quereis de su traicion? Venganza... Caiga,
caiga el infame que nos vende. Muera.

VOCES. ¡Muera el traidor!

LAURA. ¡Piedad!

CATAN. No... Sin tardanza
herid.

CAFIE. Teneos... Respetad, malvados,
al que vuestras cadenas quebrantara.
¿Osareis...?

CATAN. Es traidor.

CAFIE. Mientes.

CATAN. Ó pueblo,
no dejes sin castigo tanta infamia.

MASAN. Pues bien, herid, herid... El pecho es este
que respetaron enemigas balas
cuando entre riesgos mil la independencia,
la libertad mi brazo os conquistara.
Herid... ¿No os atreveis?

CATAN. Pueblo inconstante,
¿ante un hombre tan solo te acobardas?
pues yo... (*Óyense tiros de cañon.*)

MASAN. ¿Qué es esto...? ¿Oís?

CATAN. El cañon suena.

¿Qué será?

MASAN. No comprendo...

CATAN. Mas Arpaya
se acerca... Él nos dirá...

ESCENA XI.

DICHOS. ARPAYA.

ARP. Venid, amigos,
al peligro acudid que nos amaga.
Nuevos refuerzos al virey llegaron;
embiste el puerto poderosa escuadra;
y de negra traicion favorecidas,
ya numerosas huestes desembarcan.
Amigos, ¿lo creereis? En ira ardiendo,
de Conversano el conde es quien las manda.

LAURA. ¡Mi padre!

VOCES. ¡El conde!

ARP. Sí.

CATAN. ¡Atroz perfidia!
¿Lo ves, pueblo, lo ves? Quien le salvara
¿es leal?

VOCES. No lo es.

CATAN. Y ¿qué merece?

VOCES. Morir.

CATAN. Pues bien, ahí le teneis.

VOCES. ¡Venganza!

CATAN. No haya piedad.

LAURA. ¡Ay Dios!

MASAN. Cobardes, solo
teneis valor si asesinar os mandan.
¿En esas manos los aceros qué hacen?
¿Por ventura su auxilio no reclama
mas sagrado deber...? ¿Oís...? Si queda
algun resto de honor en vuestras almas,
marchad donde esos ecos el camino
de gloria á un tiempo y libertad os marcan.
Vuestro puesto es allí: si osais, seguidme;
y émulos en valor, nuestras hazañas,
sepultando en el mar á los tiranos,

dirán quién con razon traidor se llama.

CATAN. No le creas, ó pueblo, no le creas:
mira que solo de engañarte trata,
y con falaz perfidia conducirte
donde indefenso al sacrificio vayas.
Marchemos, sí, contra el feroz contrario;
pero sea despues que castigada
quede ya la traicion. Muerto el aleve,
facil del triunfo nos será la palma.

VOCES. Sí, sí.

OTRAS. Perezca.

CATAN. Herid.

VOCES. Muera.

(*Cataneo y otros disparan á la vez sus pistolas contra Masaniclo.*)

MASAN. (*Herido.*) ¡Dios mio!

LAURA. ¡Bárbaros!

MASAN. ¡Muerto soy...! Sostenme, Laura.
Al fin lograron...

(*Laura y Cafiero acuden al socorro de Masaniclo y le sientan en el banco. Continúan los cañonazos. Óyense voces dentro.*)

ARP. La vecina playa
llena está de enemigos... Ya penetran...

VOCES. Huyamos.

(*El pueblo se dispersa, quedando solo Cataneo con unos pocos.*)

MASAN. ¡Ah, cobardes...! Una espada...
y mientras en mis venas sangre quede,
vereisme combatir... No puedo.

(*Se levanta en ademan de marchar al combate, pero cae otra vez.*)

CAFIE. ¡Ó infamia!
Tú no te salvarás.

(*Cafiero corre hácia Cataneo, y asiéndole por el brazo le detiene fuertemente.*)

CATAN. ¿Qué haces?

CAFIE. (*Haciendo ademan de buscar una arma.*)
No tengo...
Mas no importa... Venid... No, no te escapas.

(*Cataneo hace esfuerzos por desasirse. Cafiero le ar-*

rastra consigo. En esto salen soldados españoles y el conde con ellos.)

ESCENA XII y ÚLTIMA.

DICHOS. EL CONDE. SOLDADOS.

CAFIE. Prended á este traidor.
CONDE. ¡Cataneo! Al punto
en un cadalso su cabeza caiga.
(*Los soldados se llevan á Cataneo. Laura al ver á su padre va hácia él y le lleva adonde está Masanielo.*)
LAURA. ¡Padre!
CONDE. ¡Hija...! ¿Mas qué miro...? ¡Masanielo!
Y ¿quién...?
LAURA. Ellos han sido, ellos le matan.
MASAN. Conde... triunfante al fin... Mas hoy al menos
de ser esclavo su furor me salva. (*Muere.*)
CONDE. ¡Ó celestial justicia...! ¡Desgraciado!
Ved cómo el pueblo á quien le sirve paga.

FIN DEL DRAMA.

eto de estado.
as de un coronel.
el Veronés.
le la tempestad.
a improvisada.
no el tapicero.
solterones.
re mas feo de Francia.
oledana.
r.
o de una madre.
norias del diablo.
a con dos puertas.

bofetones.
verdad.
rio.
or interés.
me vuelvo.
i padre.
le Bilbao.
II.
Paulina.
de palo.
viuda y casada.
staute.
de Médicis.
ero de industria.
l el leñador.
de Belle-Isle.
o.
o y la huérfana.
del hambre.
ipto.
acion de los inocentes.
elosos.
cos del rey de Prusia.
n de Castro.
re de bien.
ada.

co de familia.
tura de Carlos II.
era.
ler flamenco.
ario privado.
na de Alby.
na.
obleza.
erez y Felipe II.

ga sus agravios.

cobrar el cetro.
os despues.
ovicio.
o
.
ieguecita.
ios.

Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber.
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegrí.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton !!!
Doña María de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivrí.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afan de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente.
El hijo en cuestion.
Está loca !
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de París.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La político-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judia de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.

La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amoríos de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Saboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hostería de Segura.
Me voy á casar.
María Remoud.
Macbet.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darlington.
Sin nombre !
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra.
Valeria.
Un poeta y una muger.
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas
Por él y por mí.
Honoria.
Estar en babia.

Esta interesante coleccion comprende cerca de 400 comedias, cuyos autores son:

D. Angel Saavedra, duque de Rivas.
D. Antonio Gil y Zárate.
D. Antonio Garcia Gutierrez.
D. Eugenio de Tapia.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Gaspar Fernando Coll.
D. Isidoro Gil.
D. José Zorrilla.
D. José Espronceda.
D. José de Castro y Orozco.
D. José Garcia de Villalta.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano José de Larra.
D. Mariano Roca de Togores.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Ramon Navarrete.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Ventura de la Vega.

Teatro Moderno Español.

Van publicados 40 tomos. Se venden sueltos á 20 reales.

Teatro Antiguo Español.

Tirso de Molina. Consta de 12 tomos en 8.° marquilla, 160 rs.

Teatro Moderno Estrangero.

Van publicados 24 tomos. Se venden sueltos á 20 rs.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid, librerias de Cuesta, calle Mayor, y de Rios, calle de Carretas, frente á la imprenta Nacional.

En las provincias en los siguientes:

Almería	Gonzalez.	*Málaga*	Aguilar.
Alcoy	Marti Roig.	*Murcia*	Gisbert.
Alicante	Champourcin.	*Oviedo*	Longoria.
Burgos	Arnaiz.	*Orense*	Novoa.
Badajoz	Viuda de Carrillo.	*Pamplona*	Erasun.
Barcelona	Piferrer.	*Palencia*	Santos.
Bilbao	Garcia.	*Palma*	Gelabert.
Cadiz	Moraleda.	*Santander*	Riesgo.
Córdoba	Berard.	*Salamanca*	Oliva.
Coruña	Perez.	*Sevilla*	Caro Cartaya.
Granada	Sanz.	*Santiago*	Rey Romero.
Habana	Urban Ramos.	*San Sebastian*	Baroja.
Huesca	Navarro.	*Toledo*	Hernandez.
Jaen	Orozco.	*Vitoria*	Ormilugue.
Jerez	Bueno.	*Valencia*	Navarro.
Leon	Miñon.	*Valladolid*	Hijos de Rodriguez
Lugo	Pujol.	*Zaragoza*	Yagüe.